

Lorris el Elfo

2. El vuelo de la lechuga

Laura Gallego García

Capítulo I: "El Reino de los Enanos"

Viajaron hacia el noroeste durante varios días. Los enanos eran silenciosos, reservados y adustos, y Lorris echó a menudo de menos a sus amigos Evren, el elfo Nocturno, y Elga, la joven humana, ambos conversadores infatigables a quienes no les importaba responder a todas las preguntas que formulaba el curioso elfo.

Un par de jornadas después de haber abandonado Liadar llegaron hasta el arroyo que separaba el Reino de los Humanos del Reino de los Enanos.

Lorris, que había estado durmiéndose sobre su montura, recibió un pescozón del príncipe enano y despertó sobresaltado.

-Te encuentras en el Reino de los Enanos, elfo -le dijo Rak.

Lorris miró a su alrededor, interesado.

Entre los peñascos bajaba salvaje el arroyo que marcaba la frontera. Al otro lado había un extenso bosque de abedules, y más atrás se recortaba contra el cielo la oscura silueta de una elevada cordillera.

-Aquéllas son las montañas en las que se encuentra el arkal -explicó Kabi-. Por ello, las dos principales fortalezas enanas, Ard y Denils, se encuentran allí.

Prosiguieron la marcha durante dos o tres días más. Según iban avanzando hacia el norte, el paisaje iba volviéndose más desnudo y agreste, y los árboles escaseaban más. La piedra fue sustituyendo paulatinamente a la hierba, y los arbustos de espinos comenzaron a abundar.

Hasta que una noche llegaron al pie de las montañas.

Se detuvieron a descansar al amparo de una gigantesca roca. Mientras los enanos se calentaban al fuego de la hoguera, Lorris extrajo un mapa de su saquillo y lo estudió atentamente.

-Extraña configuración la de las montañas de tu país -le comentó al príncipe de los enanos-. Es como si formaran una muralla alrededor del Reino.

No esperaba que el enano le respondiera, pero Rak, después de un breve silencio, contestó:

-Es lo que llamamos "el Puño de Gratk".

-¿El Puño de qué?

Atnik y Kabi levantaron la cabeza y le dirigieron una mirada irritada. Pero Rak le explicó pacientemente:

-Gratk es el dios de los enanos. El dios herrero. Cuenta la leyenda que, antes de que se formaran los reinos, en Ilesan sólo había una enorme montaña, la más alta de todo el mundo. Entonces Gratk, enojado porque los dioses habían olvidado guardar en la tierra un lugar para los enanos, asestó un terrible puñetazo sobre la superficie de la tierra, y aplastó la montaña. Provocó un fuerte temblor de tierra e hizo que surgieran todas las cordilleras de Ilesan. Cuando retiró la mano, había quedado la huella de su enorme puño, como un agujero, rodeado de montañas. Y allí depositó a su pueblo, los enanos, y allí quedó establecido nuestro Reino, como una inmensa fortaleza defendida de los ataques de las demás razas.

A Lorris le había gustado la historia, y así se lo dijo al príncipe enano. Había comprobado que todas las razas tenían sus propias creencias (así, por ejemplo, los humanos tenían multitud de dioses y multitud de templos erigidos a cada uno de ellos) y, aunque para él eran todas una farsa, las respetaba, de igual modo que los otros respetaban las suyas.

Así que, a la larga lista de dioses humanos que le había facilitado Elga (y no podía recordarlos todos) añadió el único dios enano: Gratk, el del Puño de Hierro.

Al día siguiente, cuando Lorris despertó, descubrió a los enanos espantando a los tres poneys y al caballo.

-A partir de ahora, continuaremos a pie -dijo Kabi, y no dio más explicaciones.

De modo que cargaron con los bultos y prosiguieron la marcha andando entre los escarpados senderos de las montañas.

-¿Cruzaremos las montañas a pie? -preguntó Lorris durante un alto en el camino, echando la cabeza atrás para poder alcanzar con la vista los elevados picos de las montañas.

-Sí -dijo Atnik con una sonrisa-, pero no las cruzaremos por arriba, sino... por debajo.

Lorris se giró bruscamente hacia él y le dirigió una mirada interrogante, pero el enano no dijo más.

La curiosidad del elfo se vio pronto satisfecha. Al atardecer, llegaron a una pared rocosa cubierta de grietas. Los enanos se dirigieron sin dudar hasta un montón de matorros y, cuando los apartaron, Lorris vio que en la roca se abría un largo y estrecho pasadizo.

Los enanos rápidamente se introdujeron por él, pero Lorris se quedó fuera, dudando.

La cabeza de Kabi volvió a asomar por el hueco.

-¿Qué diablos haces? -le preguntó malhumorado-. ¡Entra de una vez! El enano, al ver que Lorris no reaccionaba, lo agarró del brazo y lo metió dentro de un empujón.

Apenas llevó diez minutos en el túnel, Lorris sintió que se asfixiaba. Aparte de que tenía que andar a gatas porque los túneles de los enanos eran demasiado bajos para él, la sensación de estar rodeado de roca fría y muerta por todos lados, sin nada vivo a su alrededor. Si tenía que estar en un túnel, pensó, prefería mil veces los túneles de los Nocturnos que, aunque también iban bajo tierra, estaban formados por raíces, y encima, sobre él, podía sentir los árboles del Bosque.

Para quitarse de encima aquella desagradable sensación de claustrofobia le preguntó a Rak:

-¿Es seguro este pasadizo?

-Completamente -le aseguró el príncipe-. El Reino de los Enanos está lleno de galerías subterráneas que lo recorren de parte a parte. Ordulkar y los suyos no conocen ni la mitad.

Pasaron dos días en el túnel. La sensación de asfixia de Lorris no disminuyó; todo lo contrario. Además de estar rodeado de roca por todas partes, el elfo no sentía los vivificadores rayos de Arsis, y los añoraba tanto que a menudo creía estar siendo víctima de una pesadilla.

Una noche, mientras descansaban en unas minas abandonadas que habían encontrado por el camino, Lorris se fijó en el hacha que portaba Rak.

Era un arma bellísima, según pudo observar el elfo. Estaba

hecha de un material que relucía como la plata, pero que, a su vez, no parecía frágil en absoluto. En el filo del hacha había unas palabras grabadas en una extraña escritura que Lorris nunca había visto. La empuñadura del arma estaba cuajada de piedras preciosas.

-Es Cortacabezas -dijo entonces Rak, al ver que el elfo la observaba con curiosidad-. El Hacha Real. Símbolo del poder de los enanos. Está fabricada con arkal, el mineral máspreciado que existe, extraído de las entrañas de la tierra. Esta arma es antiquísima, Lorris. Y muy valiosa para los enanos.

Lorris no preguntó más acerca del hacha. El príncipe enano la llevaba siempre encima y no se la quitaba ni para dormir. "Debe de importarle mucho", se dijo Lorris.

Cuando el elfo ya creía que no aguantaría un sólo día más bajo tierra, un día el pasadizo comenzó a ascender y finalmente salió a la superficie.

La salida estaba camuflada tras una enorme roca. Lorris salió fuera de la galería rápidamente para sentir el aire puro, pero Rak lo sujetó con fuerza y lo mantuvo oculto tras la roca.

-¿Qué ocurre? -preguntó el elfo.

-Mira allá abajo -fue la respuesta.

Lorris lo hizo.

Montaña abajo vio varias elevaciones rocosas. En los pies de aquella cordillera en miniatura se abrían cientos de cavernas, cerradas con pequeñas puertas de madera.

En lo alto de una plataforma pétrea se alzaba una inacabada construcción plateada, que, por lo que se veía, parecía que iba a ser enorme, y que a Lorris le dio la sensación de que rezumaba malignidad por los cuatro costados.

Aquí y allá, el elfo pudo apreciar figuras achaparradas que se movían de un lado para otro, trabajando en la enorme construcción, transportando material, añadiendo nuevas dosis de mineral fundido a los muros, que se harían más altos...

-Arsis bendito -musitó Lorris-. ¿Qué es eso?

-La ciudad de Ard -respondió Rak gravemente.

-Y aquello es...

-La fortaleza en construcción de Ordulkar -completó Kabi.
Lorris guardó silencio.

-Aquí es donde vive Ordulkar -dijo Rak-. Hay un ala del castillo que ya está terminada. Allí está él. Supervisa personalmente la construcción de su base, pero no la extracción del arkal, que se realiza en una ciudad al sur de Ard: Denils. Allí es donde la mayor parte de mi pueblo trabaja esclavizado.

-¿Y no sería mejor tratar de liberar a tu pueblo? -inquirió Lorris.
-Yo no creo que sea lo mejor. En mi opinión, primero hay que derrotar al tirano; entonces caerán los demás.

-La cuestión es -dijo Atnik mientras se ajustaba las gafas-, ¿cómo podemos derrotarlo?

-Eso debería saberlo el elfo -gruñó Kabi.

Lorris enrojeció. No tenía ni la más remota idea.

-Bueno, yo... -tartamudeó-. Tal vez sería buena idea entrar allí y ver si podemos pillarlo por sorpresa. Ya se sabe... una flecha disparada rápidamente y...

-Ordulkar es muy poderoso -objetó Rak-. No sabemos qué es eso que tiene, pero hay quien dice que es...

-La magia - completó Atnik con un estremecimiento-. La magia, que desapareció del mundo hace tanto tiempo. Se dice que tan sólo los dragones y algunos fugaces conservan ese poder. Pero antes, muchos humanos y algunos enanos nacían con esa capacidad, la capacidad de invocar el poder de los elementos, la energía del mundo, y canalizarla hacia un punto para transformarlo por medio de hechizos.

-La magia -repitió Kabi-. Esos son cuentos de niños, Atnik.

-Tal vez no -dijo Rak pensativo-. Elfo, ¿qué sabe tu pueblo sobre la magia?

Lorris se encogió de hombros.

-Poca cosa -respondió-. Era un poder que desapareció del mundo hace ya mucho tiempo. Lo único que conservamos de ello es un hechizo que permite hacer crecer a las plantas. Lo utilizamos para cubrir nuestra ciudad con una cúpula vegetal cuando llega la noche. Ese hechizo es lo único que ha llegado hasta nosotros, junto con el Esp... -se interrumpió bruscamente.

-¿El qué? -preguntó Kabi.

-Nada -respondió Lorris-. Una equivocación. Escuchad, lo único que se me ocurre es que nos disfracemos para entrar ahí. Vosotros sois enanos, y hay tantos enanos por ahí que pasaréis inadvertidos. Y yo... bueno, yo tengo esto. Y el elfo sacó de entre sus cosas una túnica negra.

-La compré en el mercado de Loran -dijo-. Pensé que podía serme de utilidad. Claro que si nos encontramos con uno de verdad, se acabó el pastel. Rak frunció el ceño.

-Podemos intentarlo -dijo-. ¿Y una vez dentro...?

Lorris se encogió de hombros.

-Improvísaremos -dijo.

Rak lo miró fijamente.

-Nos jugamos la vida, elfo -dijo.

-Lo sé -respondió Lorris-. Pero lo que yo estoy sugiriendo es hacer una incursión de exploración, para ver si podemos encontrar algo interesante. ¿Qué otra cosa esperáis hacer?

Los tres enanos cruzaron una mirada, y finalmente asintieron.

Bajaron hasta la ciudad ocultándose entre las rocas. Los enanos se vistieron con ropas más cómodas que no revelaran su condición, y Lorris se puso su túnica negra y se cubrió con la capucha.

-Existe una compuerta en la parte trasera de la fortaleza -susurró Rak mientras espiaban la construcción ocultos detrás de un gigantesco contenedor de arkal-, por donde introducen el arkal que viene desde Denils. Podemos entrar por ahí.

Lorris asintió. Los tres enanos tomaron una enorme carreta llena de mineral y la empujaron entre los tres. Lorris salió de su escondite un poco más tarde y los siguió disimuladamente. Por el camino se cruzó con un enano que empujaba una carretilla, y que le miró con tanto odio que el elfo se quedó parado un momento, sorprendido, hasta que recordó qué clase de ropa llevaba puesta, y lo que ello significaba.

Cuando alcanzó a sus compañeros, éstos ya habían llegado hasta la compuerta. Con disimulo, echaban por ella paletadas de arkal.

Lorris, encapuchado, se dirigió al guardia humano que vigilaba

la compuerta

-Oye, tú -le dijo, imitando el acento sibilante de los hombres de negro-. Te esperan en la puerta principal.

-¿Quién me espera? -preguntó el vigilante.

-¡Cumple órdenes y no preguntes! -replicó el elfo.

-Pero la compuerta...

-Yo me quedaré vigilando.

El humano dirigió una temerosa mirada a Lorris y se marchó rápidamente.

Una vez lo hubieron perdido de vista, los enanos dejaron las palas y Lorris se acercó de nuevo a ellos.

Pero cuando iban a introducirse por la compuerta, una mano se posó en el hombro de Rak, que cerraba la marcha. El príncipe enano se volvió lentamente, y los otros tres con él.

Un figura totalmente cubierta por una capa y una capucha, pero indudablemente enana, los miraba colérica.

-Marchaos -dijo solamente.

-A mí nadie me da órdenes -replicó Rak orgulloso-. Yo...

-"Yo" sí puedo darte órdenes -interrumpió el enano-. Por tu propio bien, márchate y déjanos hacer a nosotros.

-¿Pero qué...? -protestó Rak.

Se vio rodeado de enanos encapotados. Lorris se dio cuenta del peligro demasiado tarde. Quiso advertir a sus compañeros de las intenciones de los enanos, pero no tuvo tiempo. Los embozados sacaron gruesas estacas y lo último que oyó el elfo fue que algo silbaba junto a su oído.

Después, todo se oscureció.

Capítulo II: "Las minas de Denils"

Elga corría por un oscuro páramo entre jirones de niebla. Detrás, varias criaturas de negro la perseguían, aullando y rechinando los dientes. Elga corría y corría, pero ellos eran más rápidos. Tropezó y cayó al suelo, y las criaturas la alcanzaron... ella trató de escapar, pero una de ellas la aferró con sus largos dedos ganchudos; la muchacha chilló y se revolvió, y tironeó de la capucha hasta que logró quitársela. Y entonces, cuando vio el rostro de su captor, chilló.

La criatura de negro no tenía cara.

Tan sólo era una blanca calavera que la observaba con un brillo extraño en sus cuencas vacías...

Elga se despertó, con la frente cubierta de sudor.

No sabía cuánto tiempo llevaba viajando en aquella carreta conducida ahora por los seres de negro. Sólo sabía que cuando despertaba la hacían dormirse con una especie de poder telepático, y la sumían en un sueño plagado de pesadillas.

Pero ahora no había seres de negro. Elga se incorporó lentamente. Le daba vueltas la cabeza. ¿Estaba sola en la carreta?

Echó un vistazo a su alrededor. Eso parecía. Se movió con cuidado, pero se detuvo y contuvo la respiración al oír dos voces.

-... ha de ser interrogada por nuestro amo -decía una voz sibilante, perteneciente sin duda a una de las criaturas negras.

Pero él se encuentra en Ard, ahora -gruñó una voz que, por el acento, debía de ser humana-. ¿Pensáis acaso trasladar a la chica hasta allí? Aquí necesitamos trabajadores. La extracción del arkal es muy lenta. Las obras de la fortaleza llevan retraso.

Hubo un breve silencio. Elga sabía que hablaban de ella.

-Está bien -respondió finalmente la criatura de negro-. Trabajaré en las minas hasta nueva orden. Pero si la chica escapa o le sucede algo, tú pagarás por ello. Nuestro señor está muy interesado en ella. Nosotros le haremos saber que la humana está aquí, y él decidirá qué hacer.

Elga cayó entonces en la cuenta de dónde se encontraba. La habían llevado al Reino de los Enanos.

Tenía que escapar. Dejó de prestar atención a la conversación y se arrastró sigilosamente hasta la parte posterior del vehículo.

Descendía ya de la carreta cuando se topó de narices con un enorme humano barbudo, que llevaba un látigo de nueve colas.

-¿A dónde creías que ibas? -masculló el humano frunciendo el ceño.

La aferró fuertemente, de modo que la chica no pudo escapar. Elga pateó y el hombre le retorció el brazo dolorosamente, de modo que optó por quedarse quieta.

El humano la llevó hasta la entrada de una caverna. Allí la soltó, y empuñó el látigo.

-Derechita y sin correr -le advirtió-. O puede que lo sufra tu espalda.

Elga obedeció. Caminó trastabillando por un oscuro pasadizo iluminado tan sólo por la débil luz que llegaba del exterior. Cuando la luz de fuera comenzaba a escasear, aparecieron a ambos lados del túnel antorchas que les iluminaron el camino, hasta que llegaron a una gigantesca caverna llena de actividad.

Elga se detuvo un momento a mirar a su alrededor. Y se quedó helada.

Por el centro de la caverna, sobre un raíl, circulaban pequeños vagones repletos de Arkal, empujados por enanos. En todas partes, más enanos (varones, mujeres e incluso niños empuñaban picos, golpeando la dura piedra, cargados de grilletes, bajo los golpes crueles de los látigos que empuñaban los capataces humanos. El ambiente estaba cargado y los cuerpos robustos de los enanos se hallaban bañados de sudor. El aire estaba lleno de ruidos de cadenas, golpes de látigo y herramientas excavando en la dura roca. Aquí y allá se oían gemidos de dolor; escasos, pues los enanos son un pueblo orgulloso, pero se oían.

-Qué horrible -musitó Elga.

El capataz la empujó por detrás, y ella tuvo que avanzar.

La llevó a través de la gran sala. Los enanos la miraban de reojo bajo sus espesas cejas, pero no decían nada ni dejaban de trabajar.

Cuando llegaron a su destino -la boca de un túnel lateral-, Elga

fue encadenada a la roca y le pusieron un pico entre las manos. Miró interrogante al humano.

-Golpea -le dijo éste-. Y no dejes de golpear, o lo lamentarás.

Levantó el látigo y Elga se encogió sobre sí misma cuando lo oyó silbar junto a su oído. El látigo restalló en el suelo sin rozarla.

-La próxima iré a tu espalda -advirtió el capataz-, si dejas de trabajar un solo momento.

Elga asintió tragando saliva. Empuñó el pico y lo levantó en alto. Pesaba mucho. Lo descargó contra la roca y apenas arañó la superficie. Lo intentó de nuevo. Y otra vez. Y otra.

Poco a poco fue adquiriendo destreza y al finalizar la jornada había conseguido abrir un boquete que a ella le parecía bastante grande. Pero sus doloridos brazos necesitaban un descanso, y urgente.

Cuando creía que no acabaría nunca el profundo tañido de una campana resonó por las cavernas tres veces. Los enanos dejaron a un lado sus picos y se dirigieron, bajo la supervisión de los capataces, que descargaban de vez en cuando los látigos sobre sus espaldas, a las mazmorras donde los tenían prisioneros. Elga tuvo que seguirlos.

Le dolían todos los huesos y no había trabajado ni media jornada. Sabía que los enanos eran de constitución recia y fuerte, pero, ¿cómo lo aguantaban? Contempló en silencio la fila de enanos que, dirigidos por los capataces, avanzaba por el túnel con un murmullo de cadenas. "¿Por qué se conforman?", pensó Elga. "¿Por qué no luchan?". Observó los rostros de los enanos. Bajo las espesas barbas, el cansancio se dejaba ver en sus rasgos, aunque ellos trataran de ocultarlo tras una máscara de orgullo y estoicismo.

Pronto llegaron a las mazmorras. Los enanos fueron arrojados a ellas sin ningún miramiento.

Elga también.

Confundida, se quedó en un rincón, viendo cómo los enanos se curaban las heridas recibidas durante el día, sin cruzar apenas palabras entre ellos.

-¡Una humana! -dijo de pronto una voz.

Elga dio un respingo, sobresaltada. Se volvió hacia el lugar del que había salido la voz.

De las sombras surgió un enano robusto y fornido, de barba pelirroja encrespada, cuyos ojos brillaban de ira.

-¡Los humanos nos han hecho esto! -clamó-. ¿Qué hace ella aquí?

Los enanos repararon en ella entonces, y Elga se sintió rodeada de miradas hostiles.

-¡Yo soy una prisionera como vosotros! -exclamó Elga-. ¿No lo veis? -Y alzó las manos para que todos pudieran ver sus grilletes-. No tengo nada que ver con vuestra esclavitud. ¡Además, soy amiga de vuestro príncipe!

Los enanos la miraron perplejos.

-¿Amiga del príncipe? -repitió el que había hablado el primero-. ¡Mientes!

-No miento -dijo ella-. Vuestro príncipe nos solicitó ayuda a mi amigo y a mí para libertar a vuestro pueblo. Pero yo fui capturada.

-¡El príncipe nunca pediría ayuda a unos humanos! -replicó el otro con orgullo.

-¡Mi amigo no era un humano! -gritó Elga al verse rodeada por un círculo de enanos encolerizados-. ¡Es un elfo!

-¡Elfo! -repitió otro enano-. ¡No existen los elfos!

Los enanos estrecharon el círculo.

-¡Deteneos! -gritó Elga-. ¡Los elfos existen! Los esbirros de Ordulkar están recorriendo todo Ilesan en busca de los elfos, para eliminarlos. ¡Porque los temen! Por eso el príncipe pidió ayuda a los elfos. Mi amigo, el heredero al título ducal Lorris DeLendam, se halla en estos momentos en algún lugar del Reino de los Enanos.

El enano de la barba pelirroja indicó a los enanos con un gesto que detuvieran su avance. Se volvió entonces al fondo del calabozo y gritó:

-¡Nerida!

Una enana muy anciana avanzó cojeando hasta donde se hallaban Elga y los demás enanos. Se detuvo frente a la joven humana y la observó bizqueando. Colocó una mano sobre la frente de la muchacha y la miró a los ojos. Frunció el ceño. Los enanos aguardaban expectantes.

-Dice la verdad -concluyó Nerida, apartándose finalmente de Elga.

La joven humana respiró hondo. Los enanos comentaron entonces la situación, sorprendidos.

-De modo que un elfo ha venido a salvarnos -dijo uno-. ¿Y de dónde ha salido?

-Del Reino de los Elfos -respondió Elga-, que ha permanecido oculto durante muchísimo tiempo.

Los enanos se miraron unos a otros.

-¿Dónde está ese Reino? -preguntó alguien.

-Si ha permanecido oculto es porque quería permanecer oculto -respondió la humana-, y yo no soy quién para desvelar el secreto. Si mi amigo el elfo quiere decirlo, lo dirá. Si no quiere decirlo, yo no debo hacerlo tampoco.

-Haces bien, niña -asintió la anciana enana-. Y dinos, ¿cuál es el plan de tu amigo?

-Lo ignoro -respondió ella-, porque hace varios días que no le he visto. Yo fui capturada por los seres negros y traída aquí esta misma mañana. Según tengo entendido, Ordulkar quiere interrogarme.

-¿Qué se supone que debemos hacer nosotros? -preguntó el enano de la barba pelirroja

-No lo sé. Supongo que el príncipe y el elfo estarán ahora en Ard. Tal vez... deberíamos luchar nosotros aquí.

Un murmullo se elevó entre los enanos.

-¡Luchar! -exclamó alguien-. ¿Cómo? ¡Somos esclavos!

-¿Cuántas de esas criaturas negras están aquí? -preguntó Elga.

-Ninguna -respondió Nerida tras un breve silencio-. Hay muchas en Ard, pero la mayoría están desperdigadas por el Reino de los Humanos. Las dos o tres que había aquí se marcharon esta mañana a Ard. Yo las vi.

-Bien -dijo Elga-. En tal caso, sólo quedan los capataces humanos. Y podéis creerme: vosotros podéis vencerlos. Podemos organizar una rebelión si disponemos de un buen plan y actuamos con cautela.

-En cuanto lleguen las noticias de la revuelta a Ard, Ordulkar

vendrá aquí y nos aplastará -objetó alguien.

-¿Qué puede un solo hombre contra todo un pueblo?

-Él es poderoso. Y tiene a las criaturas de negro.

Elga calló durante un instante. Luego dijo:

-Podéis luchar o podéis morir aquí como esclavos. Si Ordulkar termina su fortaleza en Ard, ya nunca más seréis libres. Si luchamos ahora en Denils, y lucha vuestro príncipe en Ard, atacamos a Ordulkar por dos lados distintos. Si no ayudamos nosotros aquí, el príncipe y el elfo no tienen nada que hacer.

-¡Tiene razón! -exclamó de pronto el enano de la barba pelirroja-. ¡Pero ha tenido que venir un elfo a rescatarnos y una humana a decirnos lo que tenemos que hacer para que decidamos hacer algo! ¡Los enanos somos un pueblo valeroso, y no hemos de conformarnos con esta suerte indigna!

Nerida se levantó del sitio.

-Yo estoy de acuerdo -dijo.

Poco a poco, los enanos fueron levantándose para expresar su conformidad.

-Los enanos lucharán -dijo Nerida finalmente.

-¡Bien! -exclamó Elga-. Pues lucharemos. ¡Por la libertad!

-¡Por la libertad! -repitieron los enanos.

Capítulo III: "La Brigada Invisible"

-De modo que -suspiró Rak- estamos prisioneros de nuestro propio pueblo. Nadie contestó. Sólo Atnik asintió gravemente y Kabi dejó escapar un ligero gruñido.

Lorris apenas oyó a los enanos. Miraba por entre los barrotes de la ventana de la mazmorra donde habían sido encerrados.

Súbitamente la puerta de la celda se abrió y un grupo de enanos entró en el interior. Rak se puso en pie de un salto.

-¡Exijo hablar con vuestro jefe! -exclamó.

-Estás hablando con él, Rak -respondió uno de los enanos suavemente.

Lorris reconoció la voz. Era el mismo enano encapuchado que los había prendido junto a la inacabada fortaleza.

-Tú -dijo el príncipe enano con voz ronca-. ¿Por qué nos has encerrado? ¡Estás hablando con el príncipe de los enanos! Juro por Cortacabezas que...

-Silencio -cortó el otro-. Tú ya no eres el príncipe, Rak. Desertaste. Y ahora, querido hermano, yo soy el Rey.

El desconocido se quitó la capucha que le cubría la cabeza y el rostro, desvelando las facciones de un enano joven, decidido y enérgico.

-¡Kerin! -exclamó Rak, sorprendido-. ¿Qué es esto? ¿Qué quieres decir con eso de que ahora eres el Rey?

El joven enano asintió gravemente.

-Después de tu vergonzosa huída, Rak -dijo-, nuestro pobre padre enfermó de tristeza. Murió en las minas hace un mes.

Rak se quedó paralizado en el sitio.

-No es verdad -musitó-. Dime que no es verdad.

-Lo es, Rak.

El enano se sentó de nuevo, lentamente, con la cabeza baja.

-No lo sabía -susurró-. No tenía ni la más remota idea.

Se cubrió el rostro con las manos,- mientras Kabi movía la caben con tristeza y Atnik elevaba una breve oración a Gratk por el alma del Rey enano.

-Y fue culpa tuya -concluyó Kerin.

Rak alzó la cabeza rápidamente.

-¡Pero yo no deserté! -dijo-. ¡Yo no huí del Reino de los Enanos! ¡Sigo siendo el príncipe heredero!

-Aún no he sido coronado -explicó Kerin-, porque las circunstancias no lo han permitido. Pero tras tu desertión, Rak, nuestro padre murió y me dejó a mí como sucesor.

-¡Yo no deserté! -repitió Rak-. ¡Fui en busca de ayuda!

-Altezas, si me lo permitís -intervino Atnik-, podríamos llegar a un.... humm, digamos, consenso. Si ambas partes contaran lo que saben, el intercambio de información resultaría harto beneficioso para todos.

Kerin y Rak se miraron mutuamente, ceñudos. Finalmente, Rak asintió, y Kerin hizo lo propio. El hermano mayor relató sus aventuras en el Reino de los Humanos, y cómo, tras una larga búsqueda, se había informado acerca del interés de Ordulkar por los elfos, y había encontrado a Lorris de modo casi casual. Contó cómo había sido el viaje de vuelta a través de los túneles de las montañas, y le explicó a Kerin los motivos de su precipitada partida.

-Como ves, hermano -concluyó-, yo no soy un desertor. Salí en busca de ayuda, escapando con gran riesgo de mi vida, junto con el Consejero Real y el Capitán de la Guardia. Y encontré esa ayuda.

-De modo -dijo Kerin lentamente- que dices haber encontrado un elfo. Y bien, ¿dónde está ese elfo?

Lorris dio un paso al frente.

-Kerin -dijo Rak-, tengo el placer de presentarte al heredero al título ducal Lorris DeLendam, del Reino de los Elfos. Lorris, Su Alteza Real el príncipe Kerin... mi hermano menor.

Lorris inclinó la cabeza en señal de respeto al tiempo que se quitaba la capucha. A la luz de las antorchas, todos pudieron ver su rostro de elfo, sus orejas alargadas, los delicados rasgos, los grandes ojos almendrados...

-No son sólo cuentos infantiles, como puedes ver -dijo Rak.

Cuando Kerin pudo recuperarse de la sorpresa, le preguntó a su hermano, mirando de reojo a Lorris con desconfianza:

-¿Y podrá él libertar a nuestro pueblo?

-Haré lo que pueda, Alteza -respondió Lorris, adelantándose a Rak.

-¿Tú solo?

Lorris se encogió de hombros.

-Digamos que el resto de mis congéneres no están preparados para luchar -dijo-. No puedo decir más, lo siento.

Kerin no dijo nada, pero no le quitó el ojo de encima. Rak, para aliviar un poco la tensión, dijo:

-Es tu turno, hermano. Explícanos, ¿qué hacemos aquí? ¿Y cómo lograste escapar de las minas?

-De la misma manera que tú -respondió Kerin con una sonrisa-. Oculto en una vagoneta de arkal cuando no había ningún ser de negro a la vista que pudiera descubrirme.

>>Sólo que yo no salí del Reino de los Enanos. Me oculté en los túneles subterráneos, y allí encontré a un grupo de enanos que, de alguna manera, también habían logrado escapar. Algunos de ellos habían sido dados por inútiles en las minas y habían sido arrojados a los contenedores de basura. Habían logrado llegar hasta los túneles y allí estaban reponiendo las fuerzas.

>>Decidimos que había que luchar. Y entre todos formamos la Brigada Invisible: un comando que se dedica a hostigar a los esbirros de Ordulkar, facilitando la huída, de vez en cuando, de algunos de los nuestros, y retrasando todo lo que podemos la construcción de la fortaleza. Nuestro grupo crece con cada incursión en Denils, nuestro territorio son los subterráneos y nuestros enanos están repartidos por todo el Reino. Asaltamos los cargamentos de arkal que llegan de las minas, hacemos algún que otro destrozo en la fortaleza, ayudamos a quien más lo necesita, hacemos lo que podemos, y nos hemos convertido en el mayor dolor de cabeza de Ordulkar. Gracias a los túneles aparecemos y desaparecemos donde menos se nos espera, y por ello se nos llama "la Brigada Invisible". Nuestro mayor logro es haber robado recientemente los planos para la construcción. El castillo de Ordulkar lleva retraso, sigue incompleto, porque no pueden continuarse las obras tan deprisa como antes. Mientras, aprovechamos

para destrozarlo lo que tienen hecho.

>>Planeábamos una incursión en la fortaleza por el mismo lugar por el que tratábamos de entrar. Cuando vimos que uno de los seres de negro mandaba alejarse al guardia pensamos que tendríamos que intentarlo otro día, pero entonces nos dimos cuenta de que, extrañamente, parecía estar aliado con unos enanos. Vimos que trataban de entrar por la compuerta, y entonces te reconocí a ti. Supuse que el de negro sería un humano disfrazado, y fuimos en vuestra busca.

>>No habríais sobrevivido, Rak. Entrar en la fortaleza siendo cuatro y prácticamente sin armas era un suicidio.

Kabi lanzó una mirada furiosa al elfo, que enrojeció hasta la raíz de los cabellos. En aquel momento entró otro enano, que se acercó al príncipe Kerin y le susurró algo al oído. Kerin asintió.

-Debemos marcharnos ya -anunció-. Me dicen que es la hora.

-¿La hora? -repitió Rak-. ¿La hora de qué?

Kerin miró a su hermano fijamente. Atnik intervino con cierta timidez:

-Si uniéramos fuerzas, Alteza, seguro que obtendríamos mayores logros para la liberación de nuestro pueblo.

-Dentro de poco pasará por aquí cerca un convoy cargado de arkal, procedente de Denils -dijo Kerin en voz baja-. Lo asaltaremos, para que no llegue a su destino.

-¿Es eso correcto? -se oyó inesperadamente la voz de Lorris, varios tonos más aguda de lo que él habría querido.

Todos los enanos se volvieron hacia él, y el elfo enrojeció.

-Qui-quiero decir -tartamudeó-, que los enanos esclavizados en Denils trabajaron mucho para extraer el mineral. ¿Tenemos nosotros derecho a echar por tierra todo su esfuerzo? En las minas, si se precisa más arkal para la fortaleza, les harán trabajar más. Muchos morirán de cansancio.

-Subestimas a los enanos, elfo -replicó Kerin, moviendo la cabeza-. Ellos odian a Ordulkar y su fortaleza, y prefieren mil veces que el arkal se pierda antes que forme parte de una construcción oscura y maléfica como ésta. De todas formas, te agradezco tu

preocupación.

Lorris consideró la respuesta, mientras Kerin le preguntaba a su hermano si querían formar parte del comando de asalto. Ante la respuesta afirmativa de Rak, los enanos de la Brigada les proporcionaron ropas de tonos grises, para que se camuflaran entre las rocas. Encontrarle vestimenta al elfo resultó difícil debido a su excepcional altura, pero por suerte pudieron encontrar una túnica gris algo raída, que había pertenecido a un sacerdote humano de la diosa Ilora -divinidad de la tierra-, que había acudido hacía tiempo al Reino de los Enanos para encargarse de una estatua de oro y diamantes para el templo de Mos. Dicho sacerdote había tratado de engañar a los enanos con respecto al precio, y había cometido el imperdonable error de ser sorprendido con una bolsa de esmeraldas robadas encima. Dado que desde antaño existía una especial enemistad entre humanos y enanos, añadido esto a aquellas circunstancias, resultó que el sacerdote no volvió jamás al Reino de los Humanos. Y los enanos, que afortunadamente todo lo guardaban y atesoraban, conservaban también sus pertenencias.

La túnica en cuestión le venía al elfo bastante corta y holgada, pero decidieron que para el caso servía.

Los enanos de la Brigada los llevaron por un túnel subterráneo durante un buen rato. Luego salieron a la superficie y, ocultándose entre los peñascos, esperaron el paso del convoy procedente de Denils.

Los enanos de la Brigada, tras un gesto de Kerin, ocuparon posiciones.

A lo lejos, por el desfiladero, se acercaba una polvareda. Para unos ojos normales resultaba difícil de ver todavía, pero la aguda vista de elfo de Lorris le permitió distinguir la caravana, que venía escoltada por cinco jinetes vestidos de negro.

Rak puso una mano sobre el hombro de su hermano menor.

-Espero que sepas lo que haces -dijo con voz ronca.

Kerin asintió sin una palabra y le lanzó una mirada fulminante de reojo.

El convoy era ya claramente visible. Los enanos y el elfo

aguardaron.

Lorris, observando pensativo la caravana, se dio cuenta de que el jinete que iba a la vanguardia miraba a todos los lados."¡Han percibido nuestra presencia!", se dijo. Tiró de la manga de Kerin, pero el enano se desasíó con brusquedad y ni siquiera le miró.

El siniestro jinete se detuvo y ordenó a la caravana que hiciera lo mismo. Miró a su alrededor.

-¡Demonios! -masculló Kerin-. ¿Cómo ha podido...?

-Muy tarde para volverse atrás, hermano -cortó Rak-. Ordena a los tuyos que ataquen con las hondas.

-¡Pero...!

-¡Hazlo!

Kerin dirigió a Rak una mirada furiosa.

-Recuerda que aún estás acusado de desertión, Rak -dijo amenazadoramente.

-Creo que la sugerencia de Rak es la más acertada -intervino Lorris, carraspeando-. No podemos lanzarnos sobre ellos. Una vez vi a un hombre caer muerto bajo una mirada de uno de esos individuos. Si atacan con las hondas ocultos tras las rocas, no estarán a la vista.

Kerin lo miró fijamente mientras sopesaba la situación.

-No hay tiempo para pensarlo tanto -insistió Lorris-. La Brigada Invisible no debe dejarse ver.

Kerin le lanzó una última mirada inquisidora y finalmente dio la orden. La batalla comenzó.

El convoy no estaba muy vigilado, a excepción de los cinco jinetes de negro, que pronto se vieron atacados por una lluvia de pedruscos procedentes de todas partes. Aprovechando la confusión, la Brigada Invisible realizó el asalto.

Lorris, oculto tras un enorme saliente, utilizaba su arco contra las criaturas negras. Grande fue su sorpresa al ver que una flecha que iba directa hacia una de ellas se desvió bruscamente de su camino poco antes de llegar a su objetivo y se estrellaba contra el vagón de arkal.

-¡Lo ha desviado! -le dijo a Atnik, que estaba a su lado-. ¿Has visto eso? El enano movió la cabeza apesumbrado.

-Su poder es increíble -fue lo único que dijo.

Lorris no perdió tiempo y cargó otra flecha. Aprovechó que uno de los jinetes negros estaba de espaldas a él para dispararla, y esta vez sí lo atravesó.

A partir de entonces, y mientras los enanos luchaban bajo la lluvia de pedruscos, Lorris se dedicó a ensartar jinetes de negro cuando podía pillarlos por sorpresa, hasta que no quedó ninguno.

Kerin y Rak luchaban codo con codo. Se entendían a la perfección; hacía mucho que no luchaban juntos, y aquella batalla les sirvió para limar asperezas.

Pronto, los humanos y las criaturas negras fueron derrotados.

Rak se había quedado en el suelo, con Cortacabezas ensangrentada. Kerin le tendió una mano para ayudarlo a levantarse, y ambos hermanos cruzaron una sonrisa.

-¡Cuidado! -avisó alguien.

Los dos enanos se giraron rápidamente. Hubo un gemido ahogado y el sonido de un cuerpo cayendo pesadamente a tierra.

Una de las criaturas negras había intentado acercarse a los príncipes por detrás, pero ahora yacía muerta, atravesada de parte a parte por una flecha élfica.

-¡Sabía que me faltaba uno! -se oyó la voz de Lorris-. ¡Ya me parecía a mí que sólo había matado a cuatro!

El elfo se acercaba sonriente, arco en mano.

Kerin tragó saliva.

-Estuvo cerca -dijo-. Te debemos la vida, elfo.

Lorris sacudió la cabeza, aún sonriendo. Rak lo miró largamente y sus labios se curvaron en una sonrisa.

-Veamos ahora qué aspecto tienen -dijo Lorris, acercándose al caído.

-Es inútil, Lorris -dijo Kerin.

El elfo no le oyó. Pero cuando se agachó junto al ser de negro, vio que sólo había una túnica. La cogió, estupefacto, para asegurarse de que no había nada dentro, y comprobó que, efectivamente, estaba vacía.

-¿Pero qué...?

-Es lo que pasa siempre -respondió Kerin-. Caen muertos y desaparecen. No sabemos exactamente qué son. Perciben tu presencia inmediatamente, así que no se les puede matar acercándose con un hacha por detrás. Se vuelven inmediatamente hacia ti y un segundo más tarde estás muerto. Sólo se puede acabar con ellos de la forma en que tú lo has hecho; desde lejos, y sólo si no ven el proyectil, puesto que, para cuando lo perciben, ya es demasiado tarde.

-No lo entiendo -musitó Lorris-. ¿Qué son?

-Nadie lo sabe -respondió el enano-. Tienen un poder inmenso. Más de una vez han intuido que atacaríamos con las hondas, y se han rodeado de una especie de escudo invisible que impedía el paso de cualquier arma o proyectil. Con ellos, lo único que puede hacerse es cogerlos por sorpresa, para que no tengan tiempo de reaccionar.

Lorris asintió pensativo. En aquel momento llegó corriendo un enano, que se acercó a los príncipes.

-Hemos tenido bastantes bajas -informó-. Pero hemos descubierto algo importante: llevaban un mensaje hacia Ard. Por eso tanta precaución, y por eso había cinco jinetes de túnicas negras.

Le tendió a Rak un rollo de papel.

Rak leyó el mensaje, y frunció el ceño.

-Hay una rebelión en Denils -anunció-. Liderada por... -Enarcó las cejas, sorprendido-. ¿Una chica humana?

A Lorris casi se le paró el corazón. ¿No podría ser...? ¡No, imposible!

Capítulo IV: "Rebelión"

Los enanos de Denils habían tardado dos noches en organizar la rebelión. Discutieron, debatieron, trazaron planos de las minas y decidieron dónde iba a actuar cada uno. Querían aprovechar la ausencia de las criaturas negras para dar el golpe.

Y cuando por fin lo tuvieron todo planeado, durante el día comenzaron a preparar su levantamiento en silencio, mientras trabajaban. Los guardianes no notaron nada. A veces algún enano caía al suelo, distrayendo la atención del capataz de turno, y, mientras, a sus espaldas, otro enano alargaba la mano para coger un pico, una pala... y ocultarlos en cualquier sitio, para luego introducirlo con disimulo en un carrito tapado con una lona que empujaba Elga por los corredores de las minas y que, en lugar de arkal, llevaba armas y herramientas.

Misteriosamente, un par de capataces desaparecieron aquella jornada. Se supuso que estarían ebrios en alguna parte y que ya aparecerían.

La revuelta, cuidadosamente planificada, se hizo efectiva al día siguiente. A espaldas de los capataces, sin una palabra, los enanos se repartieron las armas que habían robado el día anterior. En la hora de descanso, un manojo de llaves, sustraído a uno de los guardias desaparecidos, circuló por las minas. Los enanos se soltaron los grilletos.

Y al caer la tarde tomaron las armas y comenzó la sublevación.

Denils se convirtió en un caos. Los guardias humanos, tomados por sorpresa y con dos menos, se defendieron como pudieron, pero habían subestimado a los enanos, y no conocían su innata fiera.

La batalla duró varios días. Los capataces se atrincheraron en la zona central, esperando la llegada de los seres de negro que habían partido hacia Ard y que debían volver pronto. Lo que no sabían era que esos cinco jinetes se habían encontrado por el camino con la última remesa de arkal, que había podido ser enviada a duras penas, y que llevaba a Ard la noticia de la rebelión. Y las criaturas negras habían decidido acompañarla hasta la capital.

Mientras, los enanos se habían convertido en dueños y señores de Denils. Tenían ahora por objetivo tomar el último reducto de la resistencia de los capataces: la zona central.

Elga se había convertido en la líder de la rebelión. Una tarde convocó una reunión.

-Estamos en peligro -anunció ante la asamblea-. Como sabéis, hace varios días los guardianes lograron enviar una caravana hacia Ard con la noticia de nuestra revuelta. Es cuestión de tiempo que Ordulkar mande refuerzos aquí para aplastarnos. Y cuando digo refuerzos me refiero a las criaturas de negro.

-¿Y qué sugieres que hagamos? -preguntó uno.

-Yo voto por mandar a alguien a Ard para que busque al príncipe -fue la respuesta de Elga-, y solicitarle ayuda.

-¡La Brigada Invisible! -exclamó otro enano-. Si lográramos ponernos en contacto con ellos, nos ayudarían.

Elga preguntó qué era la Brigada Invisible, y los enanos se lo explicaron. -Nuestro príncipe lidera esa Brigada desde que se formó, hace varios meses -concluyó Nerida.

-Qué extraño -comentó Elga-. Hace sólo una o dos semanas que el príncipe está en el Reino de los Enanos.

-Imposible -rechazó uno-. El príncipe jamás ha salido del Reino de los Enanos. Estás equivocada.

-A mí me dijo que hacía varios meses que había escapado de aquí -recordó Elga-. Y que desde entonces no había vuelto. Nos encontramos en Liadar, en el Reino de los Humanos.

Nerida se levantó de su asiento y avanzó hasta el centro de la sala. El murmullo que habían provocado las palabras de Elga se acalló cuando ella alzó la mano.

-La única explicación a esto -dijo la anciana-, es que no estemos hablando de la misma persona. ¿A quién te refieres cuando hablas de "el príncipe", humana?

-Me refiero a Su Alteza Real el príncipe Rak, heredero al trono del Reino de los Enanos.

El murmullo se elevó con más fuerza que antes.

-¡El príncipe Rak! -exclamó un enano, airado-. ¡El desertor!

¿Cómo te atreves a llevarnos a la guerra en nombre de ese traidor?

Elga dio una mirada circular. Las cosas se ponían feas. "¿Qué está pasando aquí?", se preguntó. "¿Qué he dicho yo?"

-No sé de qué me estáis hablando -dijo-. Pero a mí nadie me había dicho que Rak fuera un traidor.

-¡Abandonó a su pueblo! -clamó un enano-. ¡Nos abandonó, nos dejó en manos de Ordulkar y bajo el yugo de la esclavitud! Sin embargo, el príncipe Kerin, su hermano menor, tuvo suficiente valor como para formar un comando de resistencia contra el tirano!

Súbitamente Elga comprendió la confusión que se había creado en torno a los dos príncipes. Cuando ella hablaba de "el príncipe", todos daban por sentado que se trataba de Kerin, el adalid de la resistencia enana. Supo también que había cometido un error al mencionar a Rak quien, por lo visto, no era muy querido entre los miembros de su raza.

-¡Escuchadme todos! -gritó todo lo fuerte que pudo para dejarse oír entre las crecientes protestas-. ¡Por favor, escuchadme! Dejadme hablar por última vez

Los enanos se miraron unos a otros, ceñudos. Finalmente, Nerida dijo:

-Habla.

-Habéis juzgado mal al príncipe Rak -explicó Elga-. Él no huyó del Reino de los Enanos para salvarse a sí mismo; fue en busca de ayuda para liberar a su pueblo. Ya os conté que el príncipe había pedido ayuda a mi amigo el elfo. ¡No os mentí! Recorrió todo Ilesan en busca de alguien que pudiera ayudarlos, ocultándose de los seres de negro que buscan elfos por todo el continente. Y Rak nos encontró a mi amigo y a mí, y nos pidió ayuda. Prueba de ello es que ha vuelto, aun a riesgo de su vida, para salvar a los enanos.

>>Están en algún lugar del Reino, tal vez en Ard, quizás de camino a Denils. Yo no he pretendido engañaros, ni he querido que me siguiérais hacia la muerte. Denils es prácticamente nuestro. Hemos perdido algunas vidas, pero esos valientes no han muerto en vano. Tenemos a los esbirros de Ordulkar encerrados en la zona central. Están atrapados. Ahora, nosotros controlamos las minas. Sin duda la

noticia de la rebelión habrá llegado a oídos de la Brigada Invisible, y vendrán a ayudarnos. Es muy posible que Ordulkar venga aquí pero, en tal caso, su fortaleza quedará desprotegida.

>>Vosotros me habéis seguido. Me habéis aceptado como líder de la revolución. Independientemente de que fuera en nombre de Rak o de Kerin, estamos obteniendo excelentes resultados. No podemos echarnos atrás ahora. No debemos rendirnos. Podemos vencer, podemos ganar esta guerra. Y entonces, cuando lo hayamos conseguido, los enanos serán libres. Pero no dejemos de luchar ahora. Vosotros tenéis algo muy importante, algo que ellos no tienen: la fuerza de todo un pueblo.

>>Empleadla. Es vuestra mejor arma.

Elga calló. Los enanos quedaron también en silencio. Y entonces se oyó la voz cascada de Nerida:

-Lucharemos. No perdemos nada con intentarlo.

Y nadie la contradijo. Elga asintió satisfecha.

En aquel momento entró en la sala de reuniones un enano jadeante.

-¡Tenemos visita! -anunció sin ceremonias-. ¡Ha llegado una comisión de la Brigada Invisible desde Ard!

Elga entrechocó las manos, jubilosa.

-¡Bien! -exclamó-. ¡Esto marcha! Ya han llegado los refuerzos. ¡La caída de Ordulkar es inminente!

Nerida se abrió paso precipitadamente entre los enanos y se dirigió al mensajero:

-¿Quién viene con ellos?

-El príncipe Kerin, señora. Y sospecho que el príncipe Rak le acompaña.

Nerida cayó al suelo de rodillas.

-Bendita seas, niña -murmuró, mirando a Elga.

La joven humana se volvió hacia un enano.

-¿Qué le pasa? -preguntó en voz baja.

-Ella es la Reina Nerida, madre de los príncipes -fue la sorprendente respuesta-. Cuando el Rey murió, perdió el juicio. No reconocía a nadie, y envejeció prematuramente. Sin embargo, adquirió

la facultad de leer el corazón de las personas y saber quién mentía y quién decía la verdad. Pero parece que la rebelión y todo lo que está sucediendo le está devolviendo el juicio.

Elga se estremeció. ¡Kerin y Rak juntos! ¿Estaría Lorriss con ellos? "Sólo hay una forma de averiguarlo", decidió.

Se formó una comisión, encabezada por Elga y Nerida, para recibir a los príncipes. La entrada de Denils fue el lugar elegido para la reunión. Nerida abrazó a sus hijos, emocionada.

-Me alegro tanto de que estéis juntos, Rak, Kerin... -murmuró-. Nunca creí ni por un momento que uno de mis hijos fuera un desertor.

-¡Madre! -exclamó Kerin-. ¿Nos reconoces?

-¿Madre? -repitió Rak.

Se separó un poco de ella y, tomándola de las manos, observó con atención su arrugado rostro bañado en lágrimas.

-Madre -susurró.

-La muerte de nuestro padre la hizo envejecer -dijo Kerin en voz baja-, y fue la responsable de su locura, de la que, afortunadamente, parece que ya se ha curado.

Rak cerró los ojos dolorosamente.

-Fue mi partida, malinterpretada por todos, lo que provocó esto -susurró-. Si pudiera hacer algo para arreglarlo...

-Has hecho mucho -lo tranquilizó Kerin, poniendo una mano sobre su hombro-. Pero ahora vayamos a cosas prácticas. Veamos, ¿quién es vuestro líder? -añadió dirigiéndose a los enanos que había allí.

Nerida se apartó para dejar paso a Elga, que avanzó con gesto sombrío hasta ellos.

-¡Tú! -exclamó Rak sorprendido al reconocerla-. ¿Qué haces aquí? Elga hizo una mueca.

-Es una larga historia -respondió.

Una figura alta y delgada se abrió paso entre los enanos procedentes de Ard.

-¡Elga!

La muchacha alzó la cabeza. Contuvo el aliento.

-¿Lorriss?

El elfo corrió hacia ella.

-¿En qué lío te has metido ahora? -dijo con una sonrisa-. Te dije que debías quedarte en el Reino de los Humanos. Creía que ibas a seguir a la lechuza. Por cierto, ¿dónde está Ona?

-Estoy predestinada a encontrarme contigo dondequiera que vaya -replicó ella, también sonriendo-. Pero tengo que reconocer que te he echado de menos.

Cruzaron una mirada de entendimiento y se abrazaron.

Capítulo V: "Ante Ordulkar"

Con el apoyo de la Brigada Invisible, los enanos de Denils se sentían invencibles. Se reunieron y discutieron el plan a seguir.

Por el momento los seguidores de Ordulkar atrincherados en el área central de las minas no constituían una amenaza. El problema era que, a pesar de que la Brigada había interceptado el mensaje, probablemente en Ard se extrañarían de no recibir noticias de Denils, y pronto imaginarían lo sucedido.

Se debatió mucho sobre el tema y se llegó a la conclusión de que, para ganar aquella guerra, primero había que acabar con Ordulkar, el tirano.

Para ello, se decidió, se formaría un comando que llevaría a cabo una incursión en la fortaleza de Ard, cuyo único objetivo sería el de matar al oscuro adalid.

Era una misión arriesgada, y los componentes de la expedición sabían que se jugaban mucho. Ambos príncipes formarían parte del comando, así como Kabi, Lorris y Elga. El elfo se opuso en un principio a la idea de que la muchacha les acompañara, pero ésta protestó tan vivamente que hubo que permitirle formar parte de la expedición. La Reina Nerida quedaría al mando de las minas de Denils.

Constituido el comando, decidieron viajar hasta Ard por los túneles subterráneos. Había uno que iba paralelo al camino principal entre ambas ciudades, y que los esbirros de Ordulkar no conocían.

Los miembros del grupo se adentraron por él.

Al final de la primera jornada, Elga advirtió el tono ceniciento del rostro del elfo.

-¿Qué te pasa, Lorris? -le preguntó-. No tienes buena cara.

-No me gusta estar bajo tierra -explicó el elfo-, tan alejado de los rayos cálidos de Arsis... rodeado de roca fría por todas partes. Siento como si me asfixiara. No comprendo a los enanos, la verdad -añadió con un suspiro, en voz más baja.

Elga sonrió comprensivamente.

-Bueno -dijo-, al fin y al cabo, ya queda menos para...

Lorris le indicó silencio con un gesto y se enderezó rápidamente, escuchando con atención. Elga se calló. Los enanos prosiguieron la marcha sin darse cuenta de que los dejaban atrás, y la joven los miró con nerviosismo, sin atreverse a llamarlos.

-¡Lorris! -dijo en un susurro-. ¿Qué...?

Lorris le oprimió con fuerza el brazo y ella no dijo más.

-Siento una fuerza maligna ahí fuera -murmuró el elfo-. Sobre nosotros.

-¿Qué clase de fuerza? -musitó Elga.

-Muy negativa -explicó Lorris en voz baja también-. Contraria a la fuerza creadora de la naturaleza. Es una fuerza destructora. Las criaturas que visten de negro la poseen. ¡Pero esta es mucho mayor que la suya!

Elga se estremeció.

-¿Encima de nosotros, has dicho? Lorris, ¿no te estarás burlando de mí?

El elfo, por toda respuesta, se incorporó y avanzó por el pasadizo en pos de los enanos. La joven humana no tuvo más remedio que seguirlo. Lorris alcanzó al resto del grupo y aferró a Rak del brazo.

-Deteneos -susurró-. Nuestro objetivo se dirige a Denils.

El príncipe enano observó a Lorris largamente y le preguntó:

-¿Qué diablos quieres decir?

El elfo señaló hacia arriba con gesto sombrío.

-Según Lorris, Ordulkar está sobre nosotros -explicó Elga, que acababa de llegar.

-Aún no hemos llegado a Ard -intervino Kerin, acercándose a ellos-. ¿A qué viene eso?

-De todas formas, Ordulkar anda buscando a Lorris -dijo Elga-. Tenía la intención de viajar a Denils para interrogarme, así que no sería de extrañar que ahora se dirigiese allí. Lorris dice que puede sentir su fuerza destructora, y que ésta se halla justo sobre nosotros.

Ambos hermanos cruzaron una mirada de incertidumbre.

El resto del comando, que se había detenido también, esperaba con impaciencia que se pusieran otra vez en marcha.

-¡Lo que pasa es que al elfo le repatea estar bajo tierra y quiere salir a la superficie cuanto antes! -exclamó alguien.

-De todas formas, no podemos correr riesgos -dijo Rak.

Mandó a dos de sus hombres que salieran a la superficie para tantear el terreno. Los demás esperaron en el túnel, y cuando regresaron los exploradores entregaron su informe: en la superficie había un campamento enemigo. Las tropas que lo custodiaban eran numerosas, así que no parecía descabellada la idea del elfo.

-Nos hemos tropezado con Ordulkar por casualidad -dijo Kerin a su tropa-. De no ser por el elfo, el Caballero Oscuro habría llegado a Denils mientras nosotros nos dirigíamos a su fortaleza. Hemos de evitar a toda costa que llegue a las minas. Ahora es vulnerable, no está en Ard, y sólo tiene un reducido contingente de hombres para protegerlo.

-Ordulkar no necesita que nadie le defienda -dijo súbitamente Lorris-. No creáis que va a ser tan sencillo.

Kerin, molesto por la interrupción, dirigió al elfo una mirada irritada.

-Sabemos mejor que tú lo que hay que hacer -gruñó-. Recuerda que formamos la Brigada Invisible.

Lorris enmudeció, y Elga le susurró al oído:

-No le hagas caso. Le gusta mandar. Eso de ser príncipe se le ha subido a la cabeza. Además, después de la partida de Rak, la muerte de su padre y la locura de su madre, él tuvo que encargarse de todo. Tenlo en cuenta.

El elfo asintió. Kerin seguía con su discurso, y ambos prestaron atención.

-...nuestra mejor arma es la sorpresa. No saben que nos acercamos. No saben que estamos a punto de caer sobre ellos. Hay que aprovechar al máximo el factor sorpresa porque, admitámoslo, es la única ventaja que tenemos sobre ellos. Pero no perdáis de vista nuestro objetivo: Ordulkar. Lo demás es secundario.

Los demás asintieron: Kerin impartió órdenes acerca de la posición que ocuparía cada uno. Luego se acercó a Lorris y Elga.

-Elfo, tú nos cubrirás. Con ese arco tuyo nos serás muy útil.

Pero mantente oculto entre las rocas y no te acerques demasiado. Es importante que nuestros enemigos no sepan de dónde proceden las flechas que los atacan.

-No estoy de acuerdo -discrepó Lorris-. Esos extraños seres de negro huelen un elfo a mucha distancia a la redonda. -Se estremeció al recordar su experiencia en la posada de Raden, y en Liadar-. Si me acerco demasiado o salgo a la superficie sentirán mi presencia y tu ataque sorpresa no será tal.

-Pero por otro lado Ordulkar tiene mucho interés en matarte, Lorris -recordó Elga-. Te tiene miedo. Debes ir.

-Y tú, muchacha -dijo Kerin dirigiéndose a Elga-, ¿sabes manejar un arma? La joven enrojeció.

-Bueno, resulta peligrosa con una guadaña en las manos -sonrió Lorris al evocar su primer encuentro.

-Está bien, vosotros dos -dijo Kerin, que empezaba a perder la paciencia-. Os quedaréis aquí abajo y...

-Un momento -intervino Rak, acercándose.

Con una sonrisa asomándole a los ojos, mostró a su hermano menor un plano.

-Eh, ¿qué te parece? -dijo.

Kerin asintió complacido.

-Existe un túnel que os llevará directamente al centro del campamento -explicó Rak-. Nosotros atacaremos en la superficie. Mientras, en medio de la confusión, vosotros llegaréis hasta la tienda de Ordulkar y... -finalizó pasándose significativamente un dedo por la garganta.

-No me fío de ellos -gruñó Kerin-. Rak, ve tú con este par o tendremos problemas. Y llévate contigo a dos o tres más.

Lorris estuvo a punto de protestar airadamente que les había salvado la vida, pero un codazo de Elga le indicó que no era el momento de discutir.

Kerin se dirigió a la salida del túnel al exterior refunfuñando para sí:

-Un joven elfo atolondrado y una chica que no sabe manejar un arma...¡Menudo estorbo!

-¡Te recuerdo que tengo el doble de años que tú, Kerin! -chilló Lorris a sus espaldas.

-Pero la mentalidad de un adolescente -gruñó Rak-. Vamos, andando.

Lorris no dijo más. Elga y él, junto con tres enanos más, siguieron a Rak a través del subterráneo.

En la superficie, Kerin apostó sigilosamente a sus enanos. Y cuando todo estaba dispuesto, atacaron.

Pero lo que pretendía ser un ataque, rápido y contundente no fue tal. Cuando los enanos asaltaron el campamento se encontraron con una tropa de soldados de Ordulkar esperándolos.

-¿Cómo diablos...? -gritó Kabi.

-¡No lo sé! -respondió Kerin-. ¡Sabían que veníamos, de algún modo! Sin embargo, los enanos no se rindieron. Pelearon como dragones y, gracias a su espléndida disposición táctica, lograron crear la confusión en el campamento.

Bajo tierra, Lorris sintió la presencia de las criaturas de negro.

-Saben que estoy cerca -dijo-, de buen humor-. ¡Pero no saben dónde! Elga rió entre dientes. Rak les indicó silencio.

Salieron a la superficie no lejos de la tienda principal-y, ocultos prudentemente tras el carro de armamento, observaron la escena.

-Los nuestros tienen problemas -musitó Rak-. ¡Los estaban esperando! No hay otra explicación.

-Razón de más para apresurarnos -dijo Lorris-. Cuanto antes eliminemos al cabecilla, antes huirá el ejército.

Rak lo miró con curiosidad.

-Es un dicho élfico -explicó Lorris.

No especificó que aquel dicho se refería a un conocido juego estratégico de mesa.

Se pusieron en marcha. Rak enarboló a Cortacabezas, Lorris puso a punto su arco y Elga cogió una daga que su amigo llevaba en el cinto, dispuesta a utilizarla si llegara la ocasión.

Irrumpieron en la tienda de Ordulkar, mientras fuera los enanos de Kerin estaban recibiendo un monumental escarmiento.

El tirano estaba sentado de espaldas a ellos. Cuando se levantó

y se volvió hacia los invasores, a éstos se les cortó la respiración.

Era un humano excepcionalmente alto. Su flamante armadura, negra como el azabache, emitía reflejos metálicos. Un casco negro también impedía distinguir sus rasgos.

Todos se quedaron paralizados. Todos menos uno.

El sonido de una cuerda al ser tensada, seguido del silbido de una flecha al hendir el aire, rompió el silencio.

Capítulo VI: "La providencial Ona"

Lorris había disparado. La flecha dio, con admirable precisión, en el punto donde aquel ser debía de tener el corazón.

Elga contuvo el aliento.

Sin embargo, la flecha rebotó en la reluciente armadura de Ordulkar y cayó al suelo sin provocar un solo arañazo en su superficie.

-¡Arkal! -exclamó Rak.

-De la mejor calidad, amigo -dijo Ordulkar, y todos pudieron adivinar la sonrisa que ocultaba aquel casco.

El príncipe enano, que conocía bien las propiedades de aquel metal, supo que no tenían nada que hacer mientras el adalid llevara puesta aquella armadura.

En aquel momento una tropa de soldados de Ordulkar entró en la tienda. El comando de ataque estaba rodeado.

Lorris supo entonces que los había estado esperando. Que de alguna manera los seres de negro habían intuido sus movimientos bajo tierra, y que, de alguna manera, todo su ataque había sido un completo fracaso.

-Rendíos -dijo Ordulkar.

Fuera se oyó el alarido de triunfo de las huestes de Ordulkar. Lo que quedaba de la avanzada de enanos de Kerin huía hacia las montañas. Los seis prisioneros tuvieron que aceptar que no tenían ninguna posibilidad. Arrojaron sus armas al suelo y alzaron las manos.

Rak se resistía a dejar a Cortacabezas en poder del oscuro mandatario. Ordulkar se aproximó y todos se estremecieron al sentir su presencia tan cercana.

-El Hacha Real -murmuró Ordulkar-. Símbolo del poder de los enanos. -Extendió una enguantada mano-. Dámela.

Rak se negó en redondo. Enarboló a Cortacabezas.

-¡Rak! -gritó Elga.

-Entrégame el Hacha Real, enano -repitió Ordulkar.

La mano seguía ahí.

Ignorando a los soldados que esperaban un solo gesto de su

señor para matarlo, el príncipe Rak emitió un salvaje grito de ira y descargó un terrible golpe en la mano de Ordulkar, y se la cercenó limpiamente.

Inmediatamente, mientras oscuro humano emitía un furioso grito de dolor, Rak cayó al suelo muerto, atravesado por media docena de lanzas.

Lorris sintió que una punzada de dolor le atenazaba el corazón. Había llegado a tomarle cariño a aquel enano cabezota. Y, sin escuchar apenas los sollozos de Elga ni los consternados comentarios de los otros tres enanos, se arrodilló junto a su amigo y le cerró los ojos reverencialmente. Entonces vio que el enano todavía aferraba con fuerza en su mano derecha a Cortacabezas que, ensangrentada, relucía misteriosamente.

El elfo se estremeció. "Dar la vida por un hacha", pensó. "O eres un héroe o un loco. Pero yo te prometo, Rak, amigo mío, que recuperaré es hacha y la restituiré a los enanos. Se la entregaré a Kerin y él será el legítimo rey de su pueblo".

Abrumado por el dolor, nublados sus ojos por las lágrimas, Lorris alzó la vista. Ordulkar estaba recibiendo una cura de urgencia. Uno de sus hombres había colocado la mano que Rak le había cortado sobre una mesita baja, y desde allí el siniestro miembro parecía burlarse de todo y de todos.

Ordulkar miró a Lorris fijamente. Él sostuvo su mirada sin pestañear.

-Asesino -dijo, pronunciando despacio la palabra.

Ordulkar se desasíó bruscamente del médico que lo atendía y, con su única mano, asestó un fuerte golpe al rostro del elfo.

Lorris se incorporó despacio, con una mano en el lugar herido, y el labio goteándole sangre.

-Asesino -repitió con una sonrisa de desprecio.

-Te mataría ahora mismo, elfo -dijo el otro con voz fría y acerada-. Pero aún no he terminado contigo.

Hizo una seña a sus hombres y los apresaron a todos. Lorris vio impotente cómo un soldado arrancaba -sin ceremonias- a Cortacabezas de la mano de Rak, y sintió un súbito acceso de rabia y

odio.

* * *

Bajo tierra, no muy lejos de allí, el príncipe Kerin pasaba revista a su maltrecha tropa... o a lo que quedaba de ella.

-El comando enviado para acabar con Ordulkar ha fracasado -informó un explorador enviado a la superficie-. El tirano sigue con vida, aunque he creído ver que le falta la mano derecha. El campamento se ha levantado: se marchan.

Kerin alzó la cabeza con interés.

-¿Se marchan? -repitió-. ¿A dónde?

-Creo que regresan a Ard, Alteza.

-¡Ard! ¿Por qué cambiar los planes ahora? -Dio una mirada circular a sus escasos enanos y añadió para sí-. No creo que les hayamos asustado mucho. Entonces, ¿por qué renuncian a ir a Denils?

-Tienen prisioneros, Alteza -dijo su subordinado-. He visto al elfo, a la muchacha humana y a los tres enanos que su Alteza el príncipe Rak se llevó consigo.

-¿Y mi hermano? -preguntó Kerin bruscamente-. ¿No está con ellos?

-No lo he visto, señor.

-Lo único que se me ocurre -murmuró Kerin pensativo-, es que Ordulkar quisiera viajar a Denils tan sólo para capturar a ese condenado elfo. ¿Pero por qué es tan importante? Y, por otro lado, ¿dónde se ha metido Rak?

Miró a sus desmoralizados acompañantes y tomó una decisión.

-Hemos de ir a Ard a liberar a ese elfo -dijo-, y a cumplir la misión que se nos ha encomendado. No sé por qué Ordulkar ha renunciado a aplastar la rebelión de las minas, pero, en cualquier caso, Denils está a salvo por el momento. Iremos a Ard y, si mi hermano no ha sido capturado, se nos unirá allí. Hemos de acabar con ese tirano cueste lo que cueste.

Ninguno de los enanos protestó. Asintieron en silencio, pero Kerin pudo ver el cansancio y el miedo en los ojos de todos.

* * *

Los llevaban de vuelta a Ard.

Lorris estaba seguro de ello. Lo sabía por la posición de Arsis en el firmamento.

Los llevaban en fila, atados de las manos y unos a otros, como vulgares esclavos. Lorris sentía también el cansancio de Elga, que trastabillaba tras él, aunque la muchacha no se había quejado una sola vez. Se volvió hacia ella y, al ver su rostro sucio y demacrado, sus ojos sin vida y su cabello enmarañado se maldijo a sí mismo por haber permitido que le acompañara en su viaje.

Habían caminado toda la noche sin descanso. Ahora que Arsis asomaba desde detrás de las montañas, Lorris sintió renacer en él una pequeña llamita de esperanza. Su dios no lo abandonaría.

A media mañana divisaron la fortaleza de Ard. Y cuando ya anochecía, la comitiva entró en la ciudad.

La mente del elfo trabajaba perezosamente: "¿Qué quieren de mí? ¿Qué les he hecho yo? ¿Por qué tiene Ordulkar tanto interés en mí?".

Los encerraron en una mazmorra en el ala terminada de la fortaleza. Lorris se sentó junto a Elga.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó, aunque él apenas podía hablar del cansancio.

Ella lo miró casi sin verlo.

-Lorris -dijo en voz baja-. Rak...

-Lo sé. Lo siento. Todo ha sido culpa mía.

La joven humana apoyó la cabeza en el hombro del elfo, y él la rodeó con su brazo. En un rincón, los tres enanos capturados dormitaban encogidos sobre sí mismos.

Unas horas más tarde un soldado entró en el calabozo.

-Elfo -dijo-. Ven conmigo.

Lorris se despejó inmediatamente. Se incorporó con cuidado para no despertar a Elga, y dirigió una mirada a los tres enanos.

Ellos estaban despiertos, y lo observaron mientras se marchaba con el ceño fruncido.

Lorris avanzó por los lóbregos pasadizos con paso decidido. Sabía a dónde lo llevaban: Ordulkar quería interrogarlo. Y no le daba miedo. Esperaba enterarse de muchas cosas.

Había aprendido mucho desde que saliera del Bosque. Pero, sobre todo, un nuevo sentimiento que antes no tenía había comenzado a apoderarse de su corazón: el odio.

Ordulkar se hallaba en una gran sala, aún embozado en su negra armadura. Lorris se irguió frente a él orgullosamente. Descubrió a Cortacabezas, el Hacha Real de los enanos, apoyada en el asiento del mandatario, y recordó su promesa. "He de recuperarla", se dijo.

-La razón de que no te haya matado todavía, elfo -dijo Ordulkar rasgando el silencio con su voz desapasionada-, es que quiero saber un par de cosas de las que me vas a informar. Y más vale que colabores voluntariamente, porque tengo muchos métodos para hacerte hablar... muy dolorosos.

Lorris permaneció en silencio.

-Los elfos habéis vivido en el Bosque durante centurias sin salir de él... ¿te sorprende? Sí, elfo, lo sé. Sabemos perfectamente dónde os escondéis, y sabemos también de tu querida Ysperel, la ciudad dorada. Lo sabemos.

¿Por qué has salido del Bosque, elfo? ¿Cuántos más de tu raza han abandonado el Reino de los Elfos?

Lorris siguió encerrado en un obstinado mutismo. No comprendía nada, y menos aún la razón de que Ordulkar les tuviera tanta ojeriza a los elfos. El humano se acercó más a él.

-¿Hablarás, elfo? -siseó.

Lorris desvió la vista hacia la ventana. Era de noche, pero ya comenzaba a apreciarse una débil claridad. Se volvió de nuevo hacia Ordulkar.

-Somos muchos -informó con la sonrisa burlona que solía exhibir en sus viejos tiempos, y que hacía mucho que había perdido-. Hay elfos en todas partes. Elfos en las casas, elfos detrás de cada árbol, debajo de cada piedra, patrullando sin descanso por todo Ilesan... incluso puede que lleves uno pegado a la suela del zapato - concluyó con una carcajada.

Ordulkar, furioso, lo agarró por el cuello.

-Menos guasa, elfo -gruñó-. O vas a ser pasto de buitres.

En aquel momento un agudo chillido resonó por toda la fortaleza, y algo parecido a un rayo de Irdinal atravesó el cristal de la ventana, haciéndolo añicos. El rayo revoloteó sobre ellos y Lorris pudo identificarlo como la lechuza fantasma que los había embarcado en aquella aventura. ¡Sólo que ya no era fantasma! Ahora parecía de carne y hueso, tan real como cualquier otra. Y, sobre ella, con un gracioso gesto belicoso en su pequeño rostro, cabalgaba Ona, la fugaz que había conocido en Liadar.

-¡Eh, tú, grandullón! -gritó Ona-. ¡Suelta a mi amigo! ¡Me tiene que llevar a casa!

-¡Ona! -exclamó Lorris-. ¿Tú...?

-¡Pero qué... ! -empezó Ordulkar.

La lechuza descendió en picado y se lanzó sobre él. Lorris aprovechó para lanzarlo hacia atrás de una patada y coger una de las espadas que adornaban la pared.

El mandatario de las tinieblas extrajo la espada que llevaba al cinto.

-¿Quieres jugar, elfo? Pues juguemos. Pero te advierto que soy poderoso, muy poderoso. Quizá más que mis servidores de túnicas negras.

Lorris no hizo caso a lo que consideró una bravuconada. "Ajá", pensó."Te he cazado. Eres diestro y has de manejar la espada con la izquierda". Ona y la lechuza aún daban vueltas por el aire.

-¡Ona! -gritó Lorris-. ¡Coge a Cortacabezas! ¡El Hacha Real!

La fugaz, con un agudo chillido, hizo descender a la lechuza quien, como un argénteo destello, se lanzó sobre el hacha y la tomó entre sus garras, escapando después por la ventana.

Capítulo VII: "Los rayos de Arsis"

Ona condujo a la lechuza por los alrededores del castillo en construcción, y la hizo introducirse por una abertura.

-Ahora todo depende de nosotras -le dijo al animal-. Lorris está en apuros. La lechuza ululó, y Ona asintió:

-¡Tienes razón! Rumbo a las mazmorras, entonces.

El ave recorrió en un rápido vuelo los pasadizos de la fortaleza. Poco a poco fue disminuyendo la velocidad, debido al peso del Hacha Real, que iba dejándose notar.

Descendieron hasta los calabozos. Había tres guardias humanos custodiándolos, y Ona hizo posarse a la lechuza en el suelo, no muy lejos de ellos. Con ayuda del ave, ocultó el Hacha Real tras un saliente, y se asomó desde detrás de su escondite para otear el panorama.

-Ahora, déjame a mí -dijo la pequeña fugaz sombríamente.

Su cuerpo se iluminó y ella, como una pequeña estrella, voló hacia los guardias. Uno de ellos se percató de su presencia.

-¿Qué es eso? -preguntó sorprendido, y los demás miraron hacia Ona. Dos se apartaron, y el tercero trató de capturarla con las manos.

-Tratar de cogermé a mí como a un vulgar mosquito... -masculló Ona, irritada.

Voló más alto, fuera del alcance de los humanos, cerró los ojos y se encogió sobre sí misma, haciendo acopio de fuerza. Súbitamente abrió brazos y piernas, estirándose, y enderezando las delgadas alas transparentes. Un cegador resplandor luminoso llenó todo el subterráneo, y los guardias se cubrieron la cara con las manos.

Cuando cesó el estallido de luz, la lechuza planeó hasta Ona, que había caído suavemente, como una hoja, hasta el suelo.

-Quedarán ciegos durante un rato -aseguró la fugaz, demasiado débil como para ponerse en pie.

Con ayuda de la lechuza logró incorporarse. El ave la dejó un momento para arrebatar con el pico las llaves que uno de los desvanecidos guardias llevaba en el cinto. Después, con el manojito de llaves en el pico, se acercó de nuevo a Ona y bajó un ala para que ella

podiera subirse a su lomo. Cuando ella lo hizo, la lechuza alzó el vuelo.

Juntas recorrieron los lóbregos pasillos hasta llegar al calabozo donde estaban prisioneros Elga y los enanos.

* * *

-En guardia.

Lorris sonrió confiado. Era un excelente espadachín y, aun privado de su arco, sabía defenderse.

Comenzó la lucha. El elfo comprobó con sorpresa y temor, al cabo de unos instantes, que Ordulkar era tan bueno con la mano derecha como con la izquierda.

-¿Se te ha ocurrido pensar -preguntó suavemente el oscuro adalid en medio del entrecocar de espadas- que mientras lleve puesta esta armadura ningún acero podrá dañarme?

Las ideas de Lorris se congelaron por un momento. Sin embargo, no dejó de manejar la espada mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad.

-Eres bueno con la espada, elfo -alabó Ordulkar-. Pocas veces he podido disfrutar de un duelo como este. Sobre todo, sabiendo que yo voy a ser el vencedor, porque tú no puedes matarme. Sabes que es inútil. Esa pequeña criaturita alada no podrá hacer nada contra mis servidores negros, ni tampoco tus amigos que acaban de escapar del calabozo. Sí, ya ves; eso también lo sé.

Lorris apenas le escuchaba. Sus ojos se posaron por un momento en el mutilado miembro de Ordulkar. "¿Y cómo pudo Rak atravesar la armadura?", se preguntó.

De pronto se hizo la luz en su mente.

Cortacabezas. El Hacha Real. Sólo el arkal podía dañar al arkal. ¿Dónde estaba el arma? Claro, se la había llevado Ona.

Tenía que encontrarla.

Mientras se batía con la espada, Lorris intentó acercarse poco a poco a la puerta. El guardián la había dejado para bajar a los calabozos, donde un grupo de prisioneros acababa de escapar. Tenía

vía libre, si lograba despistar a Ordulkar por un momento.

* * *

Elga levantó, no sin esfuerzo, el Hacha Real con gesto reverencial.

-Cortacabezas -murmuró.

Los otros tres enanos asintieron. Elga se sintió abrumada por la tristeza al recordar a Rak. Sacudió la cabeza y se tragó las lágrimas.

-Hemos de ayudar a Lorris -decidió.

Ona asintió, y sonrió. Se alegraba de ver a la humana de nuevo. Elga cargó con el hacha y se pusieron en marcha.

En las escaleras para subir a la planta baja se tropezaron de narices con una pareja de criaturas negras. Elga trató de blandir a Cortacabezas, pero era demasiado pesada para ella. De todas formas, pronto comprobó que aquellos seres de negro la estaban controlando de alguna manera, puesto que no podía moverse. Una mirada por el rabillo del ojo a sus compañeros le confirmó que no era la única. Sólo Ona y la lechuza volaban libres, pero el ave se había ocultado en las sombras del techo, y sus enemigos no se habían apercibido de su presencia.

Elga trató de moverse una vez más, pero no lo consiguió.

"Nuestros..."

"No podréis escapar..."

Pero súbitamente ambos cayeron hacia delante con un gemido. Elga y los enanos recuperaron inmediatamente su movilidad. Y la joven humana vio que de las espaldas de las criaturas de negro emergían sendas flechas pequeñas y gruesas. Pronto las flechas y las túnicas fueron lo único que quedó de los seres negros.

Elga alzó la cabeza, y vio dos sombras bajas en lo alto de la escalera, apuntándolos con ballestas. Y por el pasadizo resonó la voz serena del príncipe Kerin:

-Deteneos. Son de los nuestros.

* * *

-¡La puerta!

Lorris hizo una hábil finta con la espada que hizo retroceder a Ordulkar unos pasos, y se lanzó hacia la puerta de la sala. La abrió de una patada, pero repentinamente, la puerta se cerró con violencia en sus narices. Lorris se volvió despacio.

Ordulkar había extendido la mano hacia la única vía de escape. El elfo sintió de pronto un agudo terror irracional.

-¿Qué... qué has hecho? -musitó.

-Cerrar la puerta -respondió Ordulkar-. No pensarías marcharte en mitad de nuestro duelo, ¿verdad?

Lorris supo entonces que no tenía escapatoria, pero lo que le había asustado era el hecho de que el tirano estaba a cinco metros de la puerta.

Y no la había tocado para nada.

* * *

Elga entregó a Kerin el Hacha Real.

El príncipe enano acababa de recibir la noticia de la muerte de su hermano Rak. Había supuesto un duro golpe para él.

Alzó el arma sobre su cabeza y juró:

-Vengaré la muerte de mis familiares. Yo... acabaré con todo esto.

Dirigió una rápida mirada a Elga.

-Quizá sea mejor que te marches de aquí, muchacha -dijo-. Pareces agotada.

Elga no puso objeciones. Realmente no podía dar un paso más. Rak ordenó a un grupo de los suyos que la acompañara al exterior.

-Lorris está luchando contra Ordulkar -anunció entonces Ona-. Hemos de ayudarle.

Kerin reparó entonces en la pequeña fugaz, a quien no había visto hasta entonces, y frunció el ceño con asombro.

-¿Y tú, quién eres? ¿De dónde sales? -preguntó.

-Soy amiga de Lorris -respondió ella-. ¡Pero no hay tiempo para

explicaciones! Él nos necesita.

Subió de un salto sobre el lomo de la lechuza y ambas salieron volando pasillo arriba. Kerin y el resto de su tropa las siguieron.

Finalmente llegaron hasta las puertas de la sala donde estaban Lorris y Ordulkar, tras despachar a tres guardias humanos sin demasiados problemas. Kerin enarboló a Cortacabezas y abrió la puerta de un puntapié.

Dentro, Lorris y Ordulkar se volvieron cuando ellos entraron.

-Te estaba esperando, enano -dijo Ordulkar-. Y veo que has traído compañía. Al ver el Hacha Real, sin embargo, pareció titubear por un brevísimo momento.

-¿Por qué tanto miedo a los elfos, Ordulkar? -inquirió Lorris-. ¿Qué te hemos hecho?

Mientras los enanos avanzaban hasta colocarse junto al elfo, la risa de Ordulkar llenó toda la habitación como una música siniestra.

-A mí nada, elfo. A mi señor. Aquél a quien sirvo os tiene ojeriza, y no me preguntes por qué. Pero yo no te temo, y te lo voy a demostrar.

Blandió la espada y descargó un golpe sobre Lorris. El elfo pudo apartarse a tiempo, pero el acero le rasgó el cinturón y éste y su bolsa de cuero cayeron al suelo, desparramándose su contenido por encima de las duras losas de piedra. Lorris contestó a la provocación, pero un objeto brillante atrajo su atención. En el suelo, un pedazo de espejo brillaba mágicamente bajo la luz de los primeros rayos de Arsis que entraban por la ventana.

Mientras, los enanos habían disparado sus ballestas contra Ordulkar. Éste alzó una mano un momento y las flechas parecieron rebotar en el aire contra una fuerza extraña. Lorris descargó a su vez su espada contra él, y el acero también chocó contra una especie de escudo invisible.

-¿Qué es esto? -exclamó Kerin, sorprendido.

-Un poder que tú no conoces, príncipe -rió Ordulkar-. Ya ni siquiera tu hacha puede contra mí. No volveréis a cogermes desprevénido.

Mientras hablaba, seguía luchando contra Lorris. Éste pensó

que era inútil tratar de atacarle, pero, de todos modos, no podía rendirse.

Un nuevo embate de Ordulkar hizo caer a Lorris al suelo. El elfo alzó la espada para protegerse, y su mano izquierda tocó algo frío y cortante. "Arsis", pensó. "Mi único dios y señor, ¡ayúdame!".

-¡Kerin! -gritó-. ¡Ataca!

-No atravesará mi escudo, Lorris, y tú lo sabes -dijo Ordulkar-. Podría matarlo. Y a ti también: ya me he cansado del juego, y ya no me eres de ninguna utilidad.

El elfo cogió el pedazo de espejo y lo enfocó de tal manera que recogiera plenamente los rayos de Arsis. Kerin retrocedió. Ordulkar alzó la espada, dispuesto a segar la vida del elfo.

Lorris, aún en el suelo, dirigió el rayo de luz hacia Cortacabezas, preso de una súbita inspiración.

El Hacha Real pareció atrapar aquella luz, porque la proyectó como si fuera propia. La magia del arma, dormida desde hacía tanto tiempo, despertó.

El príncipe enano enarboló el Hacha Real y la volteó por encima de su cabeza, ajeno a su poderoso brillo, y la arrojó en dirección a Ordulkar, con un grito salvaje.

El tirano, al oír silbar el hacha, bajó la espada por un momento y se volvió hacia Kerin.

Pero Cortacabezas, como una estela de fuego, cortando el aire, dando vueltas sobre sí misma, rompió el escudo invisible, llegó al cuello de Ordulkar y lo segó de un tajo, atravesando la poderosa armadura negra.

El oscuro adalid cayó muerto, decapitado, sobre Lorris.

El elfo, todavía con él trozo de espejo en la mano, se libró jadeante de aquella pesada carga que lo salpicaba de sangre. Quiso felicitar a Kerin por su excelente puntería, pero tenía la garganta seca.

Elfo y enano cruzaron una mirada.

Ese rayo de luz -susurró el príncipe, la frente bañada en sudor- le dio fuerza a Cortacabezas.

Lorris asintió.

-La fuerza de la justicia -dijo.

Capítulo VIII: "El Manantial"

Ordulkar había muerto. El Reino de los Enanos estaba libre.

Cuando Lorris, Kerin y los demás enanos se reunieron con sus amigos fuera de la fortaleza bajo la rosada luz de la aurora, apenas pudieron hablar. Habían vencido.

Elga y Lorris se abrazaron.

-Creí que te mataría -dijo Elga.

-Mala hierba nunca muere -le recordó Lorris sonriendo-. Y yo soy una hierba de las peores.

Se volvió hacia los enanos.

-Hemos ganado una batalla, pero no la guerra.-advirtió-. Mi pueblo se halla aún en peligro. Ordulkar servía a alguien más poderoso que él, y que tiene una extraña manía a los elfos. He de reemprender mi viaje. Seguiré el vuelo de la lechuza y tal vez me conduzca hasta la verdad.

Elga, al oírlo hablar así, se sorprendió de lo mucho que había cambiado su amigo. Había madurado, sí. O, al menos, así se lo pareció a ella.

Kerin le miró pensativo y dijo:

-Me gustaría acompañarte.

-Pero no puede ser -replicó Lorris-. Vas a ser coronado Rey de los enanos. Tu pueblo te necesita aquí.

Los ojos del elfo se fueron sin querer hacia la inacabada fortaleza. Kerin lo vio.

-Derribaremos eso -dijo, adivinando los pensamientos de Lorris-. Lo echaremos abajo. Aún es vulnerable.

-Te necesitan -repitió Lorris.

-Me gustaría poder pagarte de alguna manera lo que has hecho por nosotros. Los ojos del elfo brillaron divertidos por un momento..

-Un descanso -sugirió-. Creo que es algo que necesitamos todos, ¿no? ¡Una buena cama y un buen desayuno!

Kerin acogió la ocurrencia con una carcajada.

-¡Hecho! -dijo.

Apenas una hora más tarde Lorris y Elga se hallaban en una de

las casas de los enanos, saboreando un pobre pero opíparo desayuno.

-No es mucho -se disculpó Kerin-, pero mi pueblo acaba de salir de la esclavitud. Necesitaremos tiempo.

-Lo comprendemos -lo tranquilizó Elga.

Lorris se volvió hacia Ona que, sentada en una esquina de la mesa, comía una uva, que para ella era tan grande como podía serlo un melón para un humano.

-¿Me vas a contar tu historia, Ona? -le preguntó.

-No hay mucho que contar -respondió la fugaz con la boca llena-. Cuando vi que se llevaban a Elga, decidí seguirla, pero mis alas son débiles y no aguanté mucho. Entonces, cuando anocheció, llegó Argéntea, la lechuza. Su señora, la dama que viste en el Bosque, está prisionera. Ha logrado mandarla a ella para que nos guíe. Antes, Argéntea estaba prisionera también, y por eso la Dama mandó una imagen, una especie de espectro de ella. Pero ahora Argéntea es tan real como cualquiera de nosotros.

>>>Me explicó que su señora había sido apresada y que la había mandado en busca de un elfo que la liberara. Cuando le hablé de ti al principio se negó a desviarse tanto, pero yo la convencí, porque intuía que podías estar en problemas.

>>>Yo nunca habría llegado sola hasta aquí. No puedo volar tan alto, tan rápido ni tan lejos como la lechuza, y tampoco me atrevía a emprender sola el camino hasta el Reino de los Fugaces, así que me vine con ella, montada sobre su lomo.

>>>En las minas de Denils nos explicaron la situación, emprendimos rápidamente el vuelo hacia aquí, llegamos y... el resto ya lo sabes.

-De modo que enviada por la Dama del Bosque -murmuró Lorris observando pensativo a la lechuza-. ¿Qué te ha contado sobre ella, hacia dónde nos lleva?

Ona se encogió de hombros.

-No sé más que lo que te he contado -dijo-. También se lo he preguntado, pero no ha querido responderme.

-¡Insiste! Quiero saberlo todo.

Ona se dirigió de nuevo a la lechuza, y le preguntó lo que el elfo

quería saber. La respuesta del ave fue categórica.

-Es inútil insistir -suspiró Ona, moviendo la cabeza-. No quiere hablar. Está asustada.

Lorris y Elga cruzaron una mirada llena de incertidumbre.

-Tengo que arriesgarme -dijo el elfo-. He de salvar a mi pueblo. Pero tú no tienes por qué seguir.

Elga negó con la cabeza.

-Yo quiero seguir hasta el final -declaró-. Pero escucha, Lorris, ¿no podrías volver a tu Bosque y avisar a tu gente?

El elfo se echó a reír. Su risa cristalina tenía, sin embargo, un deje de amargura.

-Fui desterrado, ya lo sabes -dijo-. No quieren saber nada de mí.

-No pudo ser tan terrible lo que hiciste -dijo Elga en voz baja-. Eres muy buena persona, Lorris. ¿Por qué te desprecian los tuyos?

Lorris giró la cabeza con brusquedad hacia otro lado.

-Yo no era lo que soy ahora, Elga -dijo-. Me daba igual todo. Era un joven insolente y atrevido. No me importó trasgredir las normas milenarias de mi pueblo sólo para divertirme... o para probar mi valía ante una dama -añadió en voz baja.

Pese a ello, Elga lo oyó. "Una dama", pensó. "De modo que era eso". Y no preguntó nada más.

También se percató del fragmento de Espejo que tenía el elfo en la mano, y que miraba fijamente, casi con obsesión.

-Es mágico, ¿verdad? -preguntó Kerin.

Lorris asintió.

-Es parte de un espejo gigantesco, símbolo de nuestra fe. Una dádiva de nuestro dios.

-¿Parte? ¿Dónde está el resto?

El elfo levantó la cabeza y le miró fijamente a los ojos.

-¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo? -preguntó-. Está en el Templo -dijo desviando la mirada de nuevo-. Probablemente los sacerdotes aún están tratando de reconstruirlo. -Tragó saliva y se pasó la lengua por los labios reseca-. Yo lo rompí -dijo-. Fue un accidente. Por eso fui desterrado.

-¡Por eso! -exclamó Elga-. Pero fue un accidente, ¿no?
-Entré en el Templo sin permiso -explicó Lorris-. Y además de noche. Transgredí todas las normas. Alguien... declaró en contra mía, y...

No pudo seguir.

-Lo siento -musitó-. No quiero seguir hablando de ello..

La humana le oprimió el brazo con fuerza.

-Lo comprendo -dijo-. No hace falta que lo hagas.

De todas formas, pensó, poco a poco se iba enterando de más detalles sobre el pasado de Lorris, ese pasado que el elfo no quería revelar.

Descansaron unos días en el Reino de los Enanos y después reanudaron su marcha, siguiendo siempre el vuelo de la lechuza. Ona les acompañaba, puesto que el animal le había dicho que pasarían por el Reino de los Fugaces, y Kerin les escoltó hasta los límites del Reino de los Enanos. No pudo ir más lejos, puesto que su pueblo lo necesitaba. De todas maneras, les dijo, les estaría eternamente agradecido, y esperaba que pudieran asistir a su coronación, que se celebraría un mes más tarde.

Les informó también de una extraña noticia procedente de Denils: parecía ser que, desde la muerte de Ordulkar, los seres de negro habían desaparecido del Reino de los Enanos. Nadie sabía dónde estaban, pero el caso era que no quedaba ni uno solo en todo el Reino.

Finalmente, se despidieron del joven príncipe enano, y, guiados por la lechuza, abandonaron el reino de los Enanos.

Al caer la tarde divisaron un arroyo, y al acercarse vieron que brotaba con fuerza de una fuente cristalina ubicada entre grandes rocas.

Lorris consultó el mapa.

-Este lugar se llama El Manantial -anunció.

-¡El Manantial! -repitió Elga, sorprendida-. ¡Lorris, éste es un sitio legendario! Aquí nace el Dalmar, el río que riega todo Ilesan, y cuyos afluentes dividen los siete Reinos. Se dice que aquí nació la magia, y que el río la repartió por todo el mundo.

Ona asintió.

-Conozco la historia -dijo-. Sithgel, la diosa alada, se enamoró aquí de Embar, el dios del fuego. Contó a las aguas lo que sentía, les comunicó la magia y ella la repartieron por Ilesan. La magia del amor fue la primera que conoció el mundo.

>Más tarde, sin embargo, Embar quiso llevar a Sithgel a su Reino, el Reino del Fuego, y la diosa se negó, porque, sin ella sobre la tierra, ¿quién cuidaría de los fugaces? Pero él no le dio opción, porque no podía quedarse sobre el mundo; lo habría abrasado. Si no le acompañaba, se iría sin ella. Sithgel, pues, fue de nuevo al Manantial, y le contó al río todo lo que sabía del mundo, y de la naturaleza, y cómo dominarlo. Y las aguas transmitieron sus conocimientos a los mortales. Pero sólo algunos privilegiados podían entender lo que el arroyo cantaba, y beneficiarse de las enseñanzas de Sithgel. A esos pocos se les llamó "magos". Hoy en día, nadie puede comprender la canción del río.

-¿Quieres decir que todos esos conocimientos se han perdido? -preguntó Lorris, incrédulo-. La magia...

-Yo sé algo de magia -confesó Ona modestamente-. Un poco sólo. Lo que ya conoces. Los estallidos de luz, las chispas, el resplandor.... es la magia que conocemos los fugaces.

-No conocía esa historia -comentó Elga-. La había oído de manera diferente. Se dice que hace mucho tiempo hubo en El Manantial un duelo entre los hechiceros más poderosos de la época. En mitad de la lucha, ambos cayeron al agua, y el río se transformó de súbito en un rugiente y caudaloso torrente que los ahogó a los dos. La magia que poseían se liberó y el río la repartió por el mundo.

>>No creo que esa historia sea cierta; pero sí se cuenta que una vez el caballero Andric, el de la Mano de Hierro, se detuvo aquí para descansar y se le apareció una hermosa mujer de alas transparentes que le dijo que debía ir a la ciudad de Mos, porque iba a ser atacada por un dragón. Los dragones por aquel entonces eran aliados de los humanos, así que Andric no tenía por qué creerla. Y, sin embargo, hizo caso de su advertencia, y volvió a tiempo para evitar la catástrofe. Reunió a un centenar de los mejores caballeros de Relt (donde está

situada la Escuela de Caballería) y cuando el dragón apareció, lo estaban esperando. En realidad, los enanos se habían aliado con una raza de dragones rojos procedentes del continente que hay al sur de Ilesan, y aquél era el primero que llegaba a nuestra tierra.

>>Andric se convirtió en un héroe, en una leyenda viviente.

-He oído hablar de Andric -asintió Ona-. En la taberna donde yo trabajaba se contaban historias sobre él. Participó en la guerra contra los enanos hace varias centurias, ¿no?

Pero se dice también que bebió del Manantial, fuente de magia, y que se volvió invulnerable; murió de viejo. Yo personalmente creo que fue Sithgel, mi diosa, la dama que se le apareció, y que lo acogió bajo su protección.

Lorris escuchaba todas estas historias con interés.

-Por lo que parece -comentó-, este lugar guarda mucha relación con la historia de Ilesan. ¿Por qué no pasar la noche aquí? Montemos el campamento aquí, ya que en todas las historias parece ser fuente de la magia.

Elga sonrió y dio su conformidad. Ona también.

Y así decidieron pernoctar en el lugar conocido como El Manantial, entre el Reino de los Enanos y el Reino de los Fugaces.

Capítulo IX: "Frela Darildia"

Al día siguiente se despertaron temprano; lo primero que oyeron al abrir los ojos fue el claro y cristalino sonido de las aguas del Manantial, resbalando sobre las piedras.

Recogieron todas las cosas y cruzaron el río.

Al otro lado se extendía una exuberante tierra recubierta de un bosque fresco y multicolor.

-¡El Reino de los Fugaces! -exclamó Ona, loca de alegría-. ¡Estoy en casa! Revoloteó entre los árboles, y Lorris y Elga la perdieron de vista. -Me parece que ya no volveremos a verla - murmuró Elga apenada-. Se ha marchado sin despedirse.

Lorris movió la cabeza.

-No la culpes -dijo-. Yo actuaría del mismo modo si me viera en mi casa. Un extraño estremecimiento recorrió su cuerpo.

En casa.

El Reino de los Fugaces, verde y vivaz, le recordaba al Bosque, donde la vida palpitaba en cada hoja, en cada planta, en todas partes.

El elfo y la humana avanzaron durante dos jornadas, guiados por la lechuza, a través del Reino de los Fugaces. De vez en cuando creían ver un ligero movimiento entre las hojas, y de noche, a veces, veían a lo lejos débiles resplandores, no obstante demasiado grandes como para tratarse de luciérnagas.

Sin embargo, pese a lo que pensaba Elga, volvieron a ver a Ona muy pronto. Tan sólo a la mañana del segundo día.

Estando acampados en un claro, mientras comían algo, la fugaz se les acercó volando.

-He visto a los míos -informó.

-No pareces muy contenta -observó Elga-. ¿No te han recibido bien?

-¡Oh, sí! Están muy felices de verme. No es por mí; se trata de vosotros. Lorris dejó de comer inmediatamente.

-¿Por qué? -preguntó-. ¿Qué problema hay?

-Nadie entra en el Reino de los Fugaces sin permiso de nuestra Reina -explicó Ona-. Ya he dicho que sois amigos míos, pero

preferirían que fuérais a hablar con ella.

-¿Cuánto nos retrasará eso?

-Cinco días, a lo sumo.

-¡Pero no podemos esperar tanto!

-El Reino de los Fugaces es su Reino, y no puedes entrar en él sin su permiso porque tendrás problemas, así que tendrás que ir a solicitárselo.

-¿Problemas? ¿Qué tipo de problemas?

-Tú no me tomas en serio porque soy pequeña. Pero los fugaces somos muchos. Y unidos somos poderosos. La prueba es que nuestro Reino jamás ha sido invadido, pese a limitar con el de los belicosos humanos y el de los salvajes duendes.

Lorris miró a Elga.

-¿Tú qué opinas?

-Si la Dama de la Lechuza ha podido esperar tanto tiempo, no importarán varios días más -dijo ella-. Además, tengo ganas de conocer a la Reina de los fugaces.

Lorris suspiró con resignación.

-Está bien -dijo-, iremos a hablar con ella.

Desde un árbol se oyó un ulular molesto.

-Es Argéntea -dijo Ona-. Ha estado escuchando nuestra conversación. Creo que no está de acuerdo.

Lorris soltó una maldición por lo bajo.

-Díle que no tenemos elección -le dijo a Ona.

Pero en aquel momento la lechuza lanzó un poderoso grito, alzó el vuelo y se perdió entre la espesura.

-¿A dónde va? -protestó Lorris.

-No lo sé -respondió Ona-. Pero estaba bastante molesta.

Lorris refunfuñó algo entre dientes.

-Está bien -dijo finalmente-. Ona, llévanos ante esa Reina tuya y acabemos con esto cuanto antes.

Recogieron las cosas y, guiados por Ona, se desviaron hacia el sur.

Dos jornadas más tarde llegaron al lugar donde vivían la mayoría de los fugaces.

Se trataba de una parte del bosque donde, junto a un río, el suelo estaba cubierto de flores, y, en los huecos de los árboles, los fugaces habían fijado sus residencias.

-Ésta es la zona más bella del bosque -dijo Ona.

Los condujo a través de ella, siguiendo el curso del arroyo. A su paso se asomaban, curiosos, multitud de fugaces, desde detrás de los matorrales, de las hojas, desde el interior de las flores o desde los huecos de los árboles.

-Es muy hermoso, Ona -dijo Elga.

-Es mi casa -suspiró la fugaz.

Un grupo de fugaces les salió al paso, y los escoltaron -manteniéndose a una prudencial distancia- al palacio de la Reina de los fugaces.

-Os tienen miedo -susurró Ona al oído de Lorris-. ¡No están acostumbrados a ver a gente tan grande!

Lorris sonrió. Apartó una rama que le impedía el paso.

Se movía con total soltura entre la espesura. Se sentía a sus anchas en el reino de los Fugaces. No sucedía lo mismo con Elga quien, acostumbrada al pueblo que la había visto crecer, no estaba habituada a caminar por la maleza.

-¡Mira eso! -exclamó Elga excitada, dando botes de alegría sobre el hombro del elfo-. ¡El palacio de Frela Darildia!

Elga apartó un matorral que le tapaba la visión y echó un vistazo.

En mitad de un pequeño claro se alzaba, purísimo, un palacio blanco como la nieve y delicado como el cristal. Sus picos más altos relucían bajo los rayos de luz que se filtraban entre las hojas, y, pretendiendo llegar al cielo, se elevaban como afiladas agujas de hielo...todo aquello, por supuesto, a un tamaño minúsculo, a medida de un fugaz, que no sobrepasaba los diez centímetros de altura. Aún así, el palacio era de la altura de Elga, lo que hacía suponer que para los fugaces era gigantesco.

-No vamos a poder entrar ahí, Ona -dijo la muchacha con una sonrisa-. Somos demasiado grandes.

-No hará falta, joven humana -respondió entonces una voz.

Lorris y Elga miraron a todos los lados, hasta que descubrieron a una majestuosa fugaz asomada a un balcón del palacio. La criatura alzó el vuelo agitando con gracia sus alas cristalinas y se elevó hasta ponerse a la altura de los ojos de los visitantes.

Mi nombre es Frela Darildia, y soy la Reina de los fugaces.

Llevaba un vaporoso vestido blanco, tan blanco como sus largos y sedosos cabellos. Lo único que presentaba algo de color en ella eran sus profundos ojos verdes, su piel rosada y una diminuta dorada que portaba sobre la cabeza. Toda ella parecía relucir mágicamente.

-Mu-mucho gusto, Majestad -tartamudeó Elga, intimidada, haciendo una reverencia-. Me llamo Elga Worfindel, y procedo de Raden, en el Reino de los Humanos.

-Mi nombre -dijo Lorris-, es Lorris DeLendam, heredero de la Casa Ducal DeLendam, y vengo de Ysperel, en el... en el Bosque, Reino de los Elfos.

Lorris había titubeado al revelar a la Reina el emplazamiento del Reino de los Elfos, puesto que se había acostumbrado a mantenerlo en secreto. Pero había decidido que había gente de fiar, y que Frela Darildia parecía ser uno de ellos.

-Um -murmuró la Reina, pensativa-. Los elfos. Siempre pensé que poseáis un aire de eterna juventud, atemporal, no sé si me entiendes, debido a vuestra larga vida. Sin embargo, por tu mirada cansada cualquiera diría que has envejecido un siglo en un segundo.

-Tal vez lo haya hecho -sonrió Lorris-. Majestad, tengo una misión que cumplir. Mi pueblo se halla en peligro y he de descubrir qué es lo que lo amenaza. Tengo que seguir a una lechuza que me indica el camino, y he de pasar necesariamente por el Reino de los Fugaces. Solicito vuestro permiso para atravesar vuestros dominios.

-Hacía mucho tiempo que no veía a un elfo -comentó la Reina-. Así que, si no tienes inconveniente, me gustaría hablar contigo más detenidamente. ¿Querríais dar un paseo conmigo por el bosque?

Lorris y Elga cruzaron una mirada y se encogieron de hombros. ¿Cómo negarle nada a una reina?

Así que, dejando atrás el palacio, se internaron los tres solos en la espesura.

Cuando estuvieron ya a bastante distancia, Frela Darildia cerró los ojos y murmuró unas palabras en un lenguaje extraño. Para sorpresa de Lorris y Elga, la fugaz creció y creció hasta alcanzar la altura de una mujer humana.

-Creo que será más sencillo conversar así -dijo la Reina.

-¿Cómo...cómo habéis hecho eso? -tartamudeó Lorris, sorprendido.

-Magia, jovencito -suspiró ella.

Lorris sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo.

Magia.

Ahí tenía la respuesta al extraordinario poder de Ordulkar. Sólo el poder divino de Arsis había conseguido combatir al tirano y su extraña fuerza.

-Pero Ona dijo que ya nadie sabía utilizar la magia -objetó Elga.

-Ona se equivocaba -respondió la Reina-. Aún hay gente que emplea la magia. Pocos, pero los hay. Y hay muchos más que poseen la magia y no saben utilizarla.

-¿Se puede poseer la magia?

-Se puede poseer la magia. Y se puede aprender la magia. Hay razas que la poseen desde siempre, y hay razas que deben aprenderla. Pero habladme de esa lechuza, y del peligro que amenaza a los elfos.

Lorris permaneció callado, dudando.

-Quizá pueda ayudaros -dijo suavemente la fugaz.

-Sí, Lorris -dijo Elga.

Y Lorris tomó la palabra y relató todas sus aventuras, omitiendo muchos detalles de la rotura del Espejo Sagrado y del juicio a que había sido sometido. La Reina escuchó con atención.

-Ordulkar -repitió cuando el elfo finalizó su historia-. Y, sin embargo, el mal no ha desaparecido de Ilesan. Habéis ganado una batalla, pero no la guerra. Siento una fuerza oscura que se extiende por el mundo. Y procede de detrás de las montañas del este. Del Reino de los Darai, al noreste.

Lorris asintió.

-Lo imaginaba -dijo-. Es allí hacia donde vamos, me temo. Allí nos lleva la lechuza. ¿Qué puedes decirnos de ese lugar?

-Poca cosa -respondió Frela Darildia-. Después del Bosque, es el lugar más misterioso de Ilesan. Es el país de las nieves eternas. Pocos sobreviven mucho tiempo a sus tormentas heladas. Y los darai son apenas conocidos en Ilesan. Su Reino es aún más inaccesible que el de los enanos, y ellos apenas salen de él. La Reina no dijo más.

-Entonces nos dirigimos directamente hacia la boca del lobo -musitó Elga.

-Elga, nadie te obliga a seguir -le dijo Lorris mirándola a los ojos-. Puedes volver a tu casa, Ona te acompañará hasta la frontera con el Reino de los Humanos y...

-Olvídalo, Lorris -cortó ella-. Yo voy contigo.

Lorris había colocado las manos sobre los hombros de la muchacha y la miraba fijamente. Se quedó mirándola a los ojos un momento más, tratando de sondear su alma, pero ella apartó la cara y bajó los ojos. Lorris la soltó, con un suspiro.

-Está bien -dijo-. Tú sabrás lo que haces.

-Os deseo mucha suerte -dijo entonces la Reina de los fugaces-. Me gustaría, por otro lado, obsequiaros con algo que os será de mucha utilidad.

Se dio la vuelta y se alejó por el bosque, tras hacerles una seña para que la siguieran. Lorris y Elga fueron tras ella.

Les guió a través de la espesura, por los parajes más bellos del lugar, hasta detenerse, tras un corto paseo, junto a un estanque de ensueño, de plateadas aguas, nenúfares dorados que se inclinaban grácilmente sobre la superficie y anémonas blancas y rojas que alegraban la escena con su colorido.

Frela Darildia se inclinó sobre el estanque y cantó.

Era un canto en una lengua que ni Lorris ni Elga habían oído nunca. Una lengua alegre, musical, que parecía el murmullo de las aguas de un arroyo al caer sobre las piedras.

Era la lengua de Los fugaces.

El canto de Frela Darildia se elevó entre los árboles, puro y cristalino, y era tan hermoso que conmovió profundamente a los dos visitantes. Parecía que todo el bosque se estremecía al escuchar la

música de la Reina de los Fugaces, y Lorris y Elga experimentaron en el corazón una extraña paz que hacía tiempo que no sentían.

Desde un recodo del estanque se acercaba, nadando con majestuosidad, gracia y elegancia, un cisne blanquísimo, llevando algo en el pico que centelleaba misteriosamente.

El cisne llegó hasta la orilla y le entregó a Frela Darildía el objeto que portaba. Ella le susurró una palabras en la misma lengua que su canción y el ave inclinó grácilmente su largo cuello a guisa de saludo y se alejó nadando por donde había venido.

La Reina de los Fugaces se acercó a Elga y le mostró lo que el cisne le había entregado.

Era un colgante de cristal ovalado, con extrañas figuras grabadas, y una cadena de plata.

-Es precioso -murmuró Elga.

-Es para ti -dijo Frela Darildía, y la muchacha la miró con los ojos muy abiertos, sin poder creerlo-. Es mágico, pero tienes que aprender a usarlo. Se lo puso al cuello. Elga no sabía cómo darle las gracias.

-Parece... -dijo-. Parece como una gota de lluvia. ¿Qué...?

-Es una aleación de rayos solares, gotas de rocío y retazos de arcoiris -rió la Reina-. No quieras saber de qué se trata; es cosa nuestra.

En aquel momento llegó un fugaz volando apresuradamente. La Reina recobró su tamaño normal y voló hasta él. El mensajero le dijo algo al oído y en la risueña faz de la soberana apareció una profunda sombra de preocupación.

Capítulo X: "La tierra de los duendes"

La Reina despidió al fugaz y se dirigió de nuevo a sus invitados.

-Tenemos problemas -dijo-. Un grupo de duendes ha entrado en nuestro Reino, y ha secuestrado a varios fugaces... entre ellos vuestra amiga Ona. Lorris frunció el ceño mientras Elga emitía un grito ahogado.

-¿Y qué son esos... duendes? -Lorris repitió la palabra, que era nueva para él, con evidente dificultad.

-Los duendes -explicó Frela Darildia-, son criaturas de baja estatura, ropas de colores chillones y ojillos pequeños, que sólo piensan en divertirse a costa de quien sea. Lo pasan bien haciendo sufrir a los demás, y, cuando atrapan a algún fugaz, lo someten a horribles pruebas. Pueden hacerlo bailar durante toda la noche, encerrarlo en una jaula, hacerlo volar atado a un hilo que ellos sujetan en su otro extremo... y casi siempre terminan arrancándoles las alas.

-¡Que horrible! -exclamó Elga-. Lorris, ¿tenemos que rescatar a Ona!

La arruga de preocupación que surcaba la frente de Lorris se hizo aún más profunda. Miró a su alrededor en busca de la lechuza.

-Puesto que Argétea no está -manifestó-, y no podemos continuar nuestro viaje si ella no nos guía, no puedo poner la excusa de que nos retrasará. Además, si a Ona le pasara algo -se estremeció al pensar en un duende arrancándole las alas a la pequeña fugaz-, no me lo perdonaría.

Elga se apartó el pelo de la frente con nerviosismo.

-Bien -dijo-. En tal caso, iremos al Reino de los Duendes.

-¿Por qué tendrá Ona tanta facilidad para dejarse capturar? -masculló Lorris, y Frela Darildia sonrió.

-Gracias por ofrecernos vuestra ayuda -dijo.

-Y vos, con vuestra magia -indagó Elga-, ¿no podríais rescatarlos?

-Mi magia no llega más allá de los límites de mi Reino -explicó ella-. Es una de las normas.

La humana no preguntó más. Frela Darildia no parecía

dispuesta a seguir hablando de la magia, aquel antiguo y misterioso poder que muchos creían ya perdido.

Lorris y Elga se prepararon apresuradamente para su partida hacia el Reino de los Duendes, y no tardaron en ponerse en marcha. Del Palacio Real al afluyente que separaba ambos Reinos apenas había media jornada de camino. Según les explicaron, la Reina había mandado construir su palacio próximo a la frontera para vigilarla de cerca. Había estado entretenida con sus dos visitantes y ésa había sido la causa de que los duendes entraran en su Reino.

Lorris y Elga vadearon el río, y pusieron los pies en el Reino de los Duendes.

Era un bosque muy parecido al del Reino de los Fugaces, pero había algo que lo hacía diferente. Mientras el Reino de los Fugaces era sana alegría y delicado equilibrio, la espesura del Reino de los Duendes era salvaje y desenfrenada, como si todo el bosque se burlara de los visitantes.

Elga se estremeció.

-Me da mala espina -manifestó-. ¿Hacia dónde debemos ir?

Lorris consultó su mapa.

-Hay una ciudad al este que se llama... Eerei.

-¿Cómo?

-Eerei -repitió Lorris gravemente-. La ciudad de los duendes.

Elga miró fijamente al elfo.

-¿Tú qué piensas de esto, Lorris? -preguntó suavemente-. Los fugaces temen a los duendes porque éstos son de mayor tamaño que ellos. ¿Hemos de tener miedo nosotros?

-Por lo que me han contado -dijo Lorris-, los duendes están chiflados. Y un loco siempre resulta peligroso.

-No si es un loco pacífico -se oyó una voz desde la espesura-. ¿Cuántos locos conoces tú, forastero? Más de los que piensas. Todo depende del color del cristal con que se mire. En mi opinión, toda criatura viviente está loca. ¿No hemos amado todos alguna vez? ¿Y no es el amor como una gran locura?

En un torbellino, la imagen de Silvania llenó la mente de Lorris quien, sin embargo, procuró apartarla de sus pensamientos, y se volvió

hacia todos los lados, tratando de localizar al dueño de la voz.

Apoyada la espalda en el tronco de un árbol, un hombrecillo lo miraba con gesto burlón. Su rostro estaba profundamente marcado por unas arrugas a ambos lados de la boca, producidas sin duda por reír constantemente. Su nariz era grande, y los ojillos, pequeños, hundidos, chispeaban con malicia. Sobre los sucios cabellos negros llevaba un absurdo sombrero con tres plumas (una a cada lado y una tercera en lo alto) de distintos colores. El resto de su indumentaria era igual de ridícula. Su traje estaba lleno de parches de todos los colores y diseños imaginables, y calzaba unos botines verdes, uno de los cuales dejaba asomar un dedo por la punta.

-¿Eres un duende? -preguntó Elga, escondiéndose detrás de Lorris, por si acaso.

-No; soy un duende -puntualizó el duende-. Qué pregunta más estúpida, niña. Se acercó más a ellos y observó con curiosidad al elfo.

-¿Y tú, qué diablos eres?

-¿Qué diablos soy? -contraatacó Lorris-. Qué pregunta más estúpida, duende. El gesto jovial del hombrecillo se ensombreció.

-No lo provoques -susurró Elga al oído del elfo.

Pero éste no respondió.

-¿Qué diablos eres? -insistió el duende.

-Soy un loco -respondió Lorris muy serio-. Un loco que anda por el mundo expulsado de su propia tierra, persiguiendo a un fantasma que lo acerca cada vez más a una muerte segura.

-¿Es un acertijo?

-No; es la verdad.

-¿Un loco peligroso?

-Tal vez.

-¿Y qué buscas en el país de los duendes?

-A unos amigos.

-¿Cómo sabes que los encontrarás aquí?

-Los duendes se los llevaron.

-¿Qué clase de amigos?

-Risueños como los pájaros, alegres cual mariposas, felices igual que... fugaces.

-¡Fugaces!

-Hablando claramente, duende, me envía Frela Darildia, Reina de los Fugaces, para hablar con tu Rey. Hemos venido en un principio a parlamentar. Nos dirigimos a Eerei.

-Puedo llevarte hasta allí -murmuró el duende pensativo-. A condición... de que me digas a qué raza perteneces -añadió mirando al elfo con suspicacia.

-A una de las Siete Razas Legendarias de Ilesan.

-¿Siete...?

El duende quedó callado un momento y se puso a contar con los dedos, enumerando las razas que conocía. Se quedó solo con seis dedos en alto.

-Te falta una -lo ayudó Lorrís, solícito.

-Humanos, Enanos, Dragones, Fugaces, Duendes, Darai -enumeró el duende-. Tú no perteneces a ninguna de ellas, salvo que seas un humano sumamente feo.

-Te falta la Raza Perdida.

-¡La Raza Perdida! ¿Cuál es?

-Adivínalo. Esto sí que es un acertijo.

Los ojos del duende brillaron peligrosamente.

-Estás en mi territorio, extranjero -le advirtió-. Y aquí mando yo. Deja de tomarme el pelo o te las verás conmigo.

Lorrís alzó las manos en son de paz, divertido.

-Está bien, amigo, te lo diré. Soy un elfo.

-¿Un qué?

-Un elfo -repitió Lorrís con sencillez.

-¡Elfo!

El duende se quedó parado un momento. Luego estalló en violentas e histéricas carcajadas. Elga se refugió más aún detrás de Lorrís mientras la extraña criatura daba saltos a su alrededor, rebotando en los troncos de los árboles y chillando:

-¡Elfo! ¡Elfo! ¡Elfo! ¡Dice que es un elfo!

-Está rematadamente loco, Lorrís -susurró Elga al oído de su amigo. Su respuesta la confundió aún más:

-¿Y quién no lo está?

La joven humana lo miró sorprendida.

-¿Qué te está pasando, Lorris? -inquirió-. Ten cuidado con él. Dice cosas muy extrañas y, aunque te parezcan verdades, sólo lo hace para confundirte. No confíes en él.

Las palabras de Elga trajeron al elfo el recuerdo de un lejano consejo: "No confíes en nadie. ¡Vivirás más años!".

El duende seguía botando frenéticamente, formando círculos cada vez más amplios en torno a ellos, hasta que se perdió de vista. Lorris y Elga oyeron su risa histérica a lo lejos.

-Se fue -dijo el elfo-. Ya no tienes por qué preocuparte. Pero, por lo visto, tendremos que llegar hasta Eerei nosotros solos.

-Lo prefiero antes que ir acompañados de esa... de esa cosa - respondió Elga con un escalofrío.

Sin embargo, apenas unos momentos más tarde vieron que algo se movía tras un matorral. Lorris preparó su arco y le indicó silencio a Elga. Se acercó sigilosamente al arbusto, y la muchacha lo siguió de cerca. Apenas se atrevían a respirar.

-¡¡Uhhh!!¡¡¡Os encontré!!!

Súbitamente la cabeza del duende que habían conocido antes apareció tras el matorral. Lorris y Elga se echaron hacia atrás con un grito, sobresaltados.

-Tampoco soy tan feo -se rió el duende-. ¡Elfo! Conque un elfo, ¿eh?

-Sí, un elfo -respondió Lorris, molesto.

El duende lo señaló con el dedo y estalló en carcajadas.

-¡¡Te pillé!! -chilló-. Ahora yo soy el burlador y tú el burlado, ¿no? Lorris hizo un gesto de tedio. Elga se adelantó unos pasos y agarró al duende por el cuello de su extraña camisa.

-Escúchame bien, amiguito, ya estoy cansada de tus bromas. O nos conduces a Eerei o nos dejas en paz, pero ya basta de trucos. Me estoy enfadando, y cuando Elga Worfindel se enfada más vale ponerse a cubierto, ¿me has entendido?

El duende, pese a estar suspendido metro y medio por encima del suelo, soltó una risa floja.

-Perfectamente -dijo.

Elga lo soltó. Lorris la miró sorprendido y divertido a la vez.
-Eres muy fuerte, joven humana -comentó.
Ella se apartó el pelo de la cara con un gruñido.
-Tú no has tenido que trabajar en las minas de los enanos, elfo -
replicó.

Lorris se volvió hacia el duende, que se restregaba el cuello.

-¿Qué? -dijo-. ¿Nos vas a conducir ante tu Rey o no?

El duende se rió por lo bajo.

-Sí, lo haré -contestó-. Puede ser divertido.

Los tres días siguientes fueron un tormento para Lorris y Elga.
Tenían

que estar pendientes en todo momento de las repentinas apariciones y desapariciones de Ytchyak, el duende, que a veces los dejaba solos y no regresaba hasta pasado un tiempo que podía ser de cinco minutos o de cinco horas. Sus bromas resultaban insoportables (aunque a él le parecían el no va más de la gracia), y sus estruendosas explosiones de risa les ponían los nervios de punta.

Pese a ello, Itchyak cumplió su palabra y al amanecer del cuarto día estaban en Eerei, la ciudad de los duendes.

Capítulo XI: "No confíes en nadie"

Lorris y Elga habían visto muchas cosas extrañas y sorprendentes en su viaje, pero aquélla, en su opinión, se llevaba el primer premio.

Eerei era una ciudad desconcertante. Las casas (algunas a ras de suelo, otras sobre los árboles, otras subterráneas) no seguían ninguna clase de orden. Eran de todos tipos, colores y tamaños. Tenían puertas en los tejados, o chimeneas saliendo de las paredes, o macetas colgando boca abajo... cualquier cosa, por absurda que fuera, era válida en Eerei. Cuanto más ridículo fuera algo, más bonito les parecía a los duendes.

-Lo que buscamos todos -explicó Itchyak-, es la originalidad. Las cosas iguales son monótonas. Son muy aburridas. La diversión consiste en hacer siempre algo nuevo, excitante, diferente.

-Y, sin embargo, a mí todos los duendes me parecéis iguales -

comentó Elga, observando a uno que trepaba por la pared de su casa para entrar por la ventana, teniendo la puerta abierta de par en par.

Al oír aquello, Itchyak se detuvo en seco.

-¿Qué has dicho?

-Que todos los duendes me parecéis iguales -repitió la humana pacientemente. -¿Por qué?

-Porque todos lleváis ropas estrafalarias, hacéis cosas absurdas y os reís sin parar. Si yo fuera un duende, hacer el ridículo no me parecería nada original. Todos los duendes lo hacen.

Itchyak pareció haber recibido un duro golpe.

-No lo había pensado -musitó.

Durante el resto del trayecto no volvió a abrir la boca para nada. Estaba serio y pensativo, como si le estuviera dando muchas vueltas a lo que Elga le había dicho.

-Me temo que se lo ha tomado demasiado a pecho -susurró la muchacha al oído de Lorris.

-Bueno, ya iba siendo hora de que se tomara algo en serio, ¿no? -fue la respuesta del elfo.

Éste sonrió al pensar que, poco tiempo antes, él había sido el elfo menos serio de todo el Bosque.

Pronto llegaron al castillo del Rey.

Para no ser menos, el castillo constituía la construcción más extravagante de toda la ciudad. Describirlo resultaba difícil porque no se parecía a nada que hubieran visto. Tenía muchísimas puertas y ventanas, pero no podían encontrarse dos iguales. El edificio no presentaba ningún tipo de homogeneidad, sino que más bien era una extraña mezcla de estilos, como si hubieran cogido trozos de diferentes casas y los hubieran unido de la forma más discordante que pudiera imaginarse.

Para entrar en tan estrambótico edificio hubieron de dar tres vueltas a su alrededor y acceder por una entrada subterránea.

-Es sólo durante un tiempo -explicó Itchyak, saliendo de pronto de su mutismo-, porque cuando nuestro Rey se canse de esta entrada, habrá que pasar por otra puerta.

Llegaron al salón del trono, tras recorrer una serie de retorcidos

y laberínticos pasillos. Ni un solo guardia les había cerrado el paso.

-No hay vigilantes -exclamó Itchyak-, porque ningún duende está dispuesto a pasarse todo el día plantado delante de una puerta por si aparece alguien. Entraron en la sala.

El Rey de los duendes estaba sentado en el trono cabeza abajo.

-Vaya -dijo con voz ahogada, sin dignarse a cambiar de posición-. Veo que tengo visita.

-Majestad, os presento a Elga Worfindel y a Lorrís DeLendam -dijo Itchyak-. Elga es una humana, y Lorrís -se acercó más a su Rey-, es un elfo.

-¿Un qué?

-Un elfo, señor -repitió Itchyak.

-No me llames "señor". Suena demasiado... umm... demasiado formal.

-La última vez que estuve aquí decíais que todos debían llamarnos así.

-¡He cambiado de idea! -chilló el Rey de los duendes-. ¡Me he cansado de esa palabra! Señor por aquí, señor por allá...es demasiado aburrido.

-Majestad, os estáis poniendo rojo.

-Gggg...

El rostro del monarca enrojecía por momentos.

-De modo que una humana y un elfo -dijo con dificultad-. ¿Y qué buscan una humana y un elfo en mi Reino?

Lorrís tomó la palabra.

-Majestad, hemos venido a solicitaros humildemente, en nombre de Su Majestad Frela Darildia, Reina de los fugaces, que liberéis a un grupo de súbditos suyos que fueron apresados por una banda de duendes...

Lorrís tuvo que interrumpirse porque el Rey de los duendes había caído al suelo estrepitosamente. Itchyak se le acercó.

-¿Os habéis hecho daño, Majestad?

-¡Quita tus manazas de encima!! -chilló el monarca, ofuscado se volvió hacia los intrusos-. ¿Qué has dicho que quiere que haga esa mariposa flaca?

-Que liberéis a sus fugaces, Majestad -repitió Lorrís con voz serena. El Rey de los duendes seguía sentado en el suelo. La corona le había resbalado hasta la punta de la nariz, y se apresuró a colocarla en su sitio.

-¡Liberar a los fugaces! -repitió-. ¿Pero qué se ha creído?

Refunfuñando por lo bajo, se levantó, tropezó con su capa de armiño y volvió a caerse de bruces. Se apartó de un manotazo la molesta corona y trepó al trono, donde se colocó de nuevo cabeza abajo.

-Majestad, os caeréis -avisó Itchyak.

-¡Narices! -protestó el Rey-. Así se piensa mejor. Y yo soy un soberano muy intelectual.

Elga apenas pudo disimular una sonrisa, que luchaba por no convertirse en una carcajada. El Rey de los duendes la vio, y frunció el ceño.

-¡Esos fugaces -le dijo a Lorrís- son la principal atracción de mi fiesta de cumpleaños! Y óyeme bien, elfo, nunca, nunca, nunca los dejaré marchar.

Y al decir esto señaló acusadoramente a Lorrís con un dedo rechoncho. Casi perdió de nuevo el equilibrio. Su rostro volvía a enrojecer.

El elfo sonrió.

-Como queráis, Majestad -replicó-. Entonces, tendré que llevármelos por la fuerza.

Y Lorrís, dando media vuelta, salió del salón del trono, seguido por Elga e Itchyak.

La joven humana lo alcanzó. Lorrís aún sonreía enigmáticamente.

-¿Qué piensas hacer? -le preguntó-. Ni siquiera sabemos dónde los tiene y...

La interrumpió un tremendo golpe procedente del salón del trono y una sonora maldición lanzada por el Rey de los duendes. La sonrisa de Lorrís se ensanchó.

-Lo único que necesito saber es cuándo será el cumpleaños del Rey -dijo-. Lo demás... vendrá solo.

-Mañana -informó una voz.

Cuando Lorris y Elga se giraron, vieron a Itchyak. Sonreía.

-Creo que os ayudaré a liberar a esa pandilla de libélulas -dijo-. No he hecho nunca nada parecido. Es original. Y es divertido.

Lorris y Elga cruzaron una mirada.

-Es un duende -le recordó ella-. No olvides lo que nos han contado sobre los duendes.

Lorris observó detenidamente a Itchyak. Toda ayuda les serviría de mucha utilidad. Además, les había oído, y, si le decía que no, podía ir con el cuento a su "intelectual" Rey, y entonces...

-Está bien, Itchyak -pronunció su nombre con dificultad-. La unión hace la fuerza.

Ignoró el gesto de disgusto de Elga, e hizo una seña al duende para que lo siguiera.

-Sólo espero que no sea demasiado tarde para Ona -murmuró.

Itchyak los cobijó en una casa a las afueras de Eerei. Había pertenecido a un duende que quiso tener una casa "a lo grande", y una semana después se cansó de ella y la abandonó, cosa habitual entre los duendes.

Sea como fuere, en aquella casa Lorris y Elga estuvieron a sus anchas. Era demasiado grande para un duende, y no había sido ocupada desde que su primer habitante la abandonara.

Ocultos al resto de los duendes, Lorris, Elga e Itchyak trazaron su plan. Al día siguiente la ciudad se engalanó entera para el cumpleaños de su soberano (que no quiso decir cuántos años cumplía). La fiesta comenzó con los primeros rayos de Arsis y continuó hasta la noche.

Cuando oscureció, el Rey de los duendes salió de su castillo (tropezando con su manto un par de veces) y se dirigió majestuosamente al centro de la ciudad (si es que podía encontrarse un centro).

Allí, en algo parecido a una plaza de grandes dimensiones en medio del bosque, los duendes lo habían preparado todo para la fiesta. El Rey se sentó a la mesa con gran pompa y dignidad y ordenó:

-¡Que comience el festín!

Entonces hubo una explosión de risas y aplausos y, puesto que el monarca había dado la orden, comenzó el desenfreno y la locura.

Lorris, Elga e Itchyak estaban ocultos entre los árboles, cerca de allí. El duende señaló una rama cercana a donde se hallaba el Rey, de la que colgaban varias minúsculas jaulas de mimbre. En el interior, un débil resplandor indicaba que los fugaces prisioneros se hallaban allí.

-No les han hecho nada todavía -dijo el duende en voz baja-. Son la atracción final de la fiesta. Al amanecer es cuando piensan divertirse con ellos. Lorris asintió.

El plan era bien sencillo. Consistía en aguardar a que todos los duendes estuvieran ebrios hasta tal punto que terminaran todos dormidos. Y entonces liberar a los fugaces. Itchyak le había dicho que en las fiestas de cumpleaños del Rey siempre acababan todos así.

-El Rey parece furioso -comentó Elga-. ¿Qué le pasa?

-Capturaron ayer a un muchacho humano -explicó Itchyak-. Parece ser que el chico tiene una lengua demasiado afilada, y le ha contestado con un descaro increíble. El Rey aún no puede creerlo. Será sacrificado al amanecer, junto con los fugaces.

-¡Un muchacho humano! -exclamó Elga, alegre; hacía semanas que no veía a un humano-. ¿Y dónde está?

Itchyak se encogió de hombros.

Apenas un par de horas después la mayoría de los duendes dormían como troncos. En cuanto el soberano, que fue quien más duró, se puso a roncar, Lorris y Elga se dirigieron de puntillas hacia las jaulas.

-¡Lorris! -susurró una vocecita aguda desde el interior de una de ellas-. ¡Qué alegría verte! Sabía que vendrías. Dijeron que nos harían cosas horribles. Dijeron...

-Cállate, Ona -ordenó Lorris con suavidad-. Pueden despertarse.

El elfo rompió sin dificultad las delgadas varillas de las jaulas. Mientras liberaba a los fugaces, Elga comentó en un murmullo:

-Han tardado más bien poco en dormirse todos, ¿no? Me parece algo extraño... Lorris no contestó.

-Itchyak -dijo-, ven a ayudarme.

Nadie respondió.

-¿Itchyak...?

Lorris se volvió bruscamente.

Al duende no se lo veía por ningún sitio.

-Esto me da mala espina -murmuró Elga-. ¿Dónde demonios se ha metido? Súbitamente una estridente risa resonó por todo el bosque.

Y todos los duendes despertaron.

-¡Mirad! -gritó alguien-. ¡Querían engañarnos y robarnos a los fugaces! ¡Pero nosotros los hemos engañado a ellos, los hemos engañado como a bobos!

-¡Itchyak nos ha traicionado! -gritó Elga-. ¡Te lo dije, Lorris! Lorris soltó una maldición y desenvainó su espada. En aquella ocasión, resultaba más contundente que el arco.

-Termina de liberar a los fugaces, Elga -dijo-. Yo te cubro.

Elga obedeció. Lorris se enfrentó con el círculo de duendes, que de ningún modo estaban borrachos, encabezados por el: Rey y el traidor Itchyak, cuyos ojos relucían maléficamente.

-¡Esto sí va a ser divertido! -dijo rechinando los dientes-. ¡Elfo a la brasa!

Lorris preparó su espada. Se maldijo a sí mismo por haberse fiado del duende y por creer que, al lado de lo que había tenido que pasar en el Reino de los Enanos, aquello era pan comido.

Lo que el elfo no vio fue que, detrás del círculo de duendes, en la oscuridad de los árboles, un par de ojos relucían como carbones encendidos.

Elga sí los vio. Y supo de pronto por qué entre el grupo de fugaces que habían sido capturados tenía que hallarse precisamente Ona. Todo aquello, comprendió de golpe, había sido una trampa para atraer al elfo hasta la peligrosa Eerei, territorio de los duendes, que seguramente estaban aliados con el enemigo de Lorris, quienquiera que fuese y dondequiera que se encontrase.

Lorris no se entretuvo en hacer conjeturas. En su mente, martilleando su cabeza, resonaban machaconamente las palabras que un día pronunciara su hermana Larisa, allá en la lejana Ysperel: "No confíes en nadie... no confíes en nadie... no confíes..."

Capítulo XII: "Izan"

"No confíes en nadie... no confíes en nadie..."

Lorris trató de quitarse aquella voz de la cabeza mientras asestaba golpes de espada a diestro y siniestro. No lograba acertar. Los duendes eran rapidísimos en sus movimientos, y el Rey, que tan torpe parecía, no lo era en absoluto. "Nos han engañado", pensó Lorris. "Hemos caído en la trampa como bobos. Itchyak comunicó nuestro plan a todos los duendes y fingieron que dormían sólo para darse el gusto de tomarnos el pelo..."

Interrumpió sus reflexiones un grito de Elga. Se giró rápidamente. La muchacha había sido rodeada por los duendes. "Se están divirtiendo a nuestra costa", pensó el elfo furioso. "Están jugando con nosotros como el gato con el ratón".

Un duende le saltó a la espalda por detrás. Lorris pudo oír la risa esquizofrénica de la criatura y trató de sacudírsela de encima. El duende no dejó de reír.

-¡Arre, caballito! -se burló.

Lorris emitió un grito de furia y desesperación que no hizo sino divertir más a los duendes. Dos más se le aferraron a las piernas, y el elfo se giró con brusquedad para asestarles un golpe de espada.

Golpeó con todas sus fuerzas, pero el duende se desprendió ágilmente y el acero fue a clavarse dolorosamente en la pierna izquierda de Lorris, que gritó de nuevo, pero esta vez de dolor.

Se le doblaron las piernas y cayó de rodillas al suelo. Los duendes reían cruelmente, Elga gritaba su nombre, apenas sentía la pierna izquierda...

Lorris pensó que todo había terminado. Todo Eerei estaba allí. Eran demasiados duendes, y estaban por todas partes. No podría con ellos, y mucho menos con la pierna izquierda herida.

Entonces súbitamente una voz aguda se elevó por encima de las risas de los duendes:

-¡Al ataque!

Un grupo de diez o doce fugaces, liderados por Ona, descendió en picado de las copas de los árboles, brillando como estrellas sus

pequeños cuerpecitos, sus ojos reluciendo de ira.

Planearon sobre los duendes y dieron vueltas alrededor de ellos, aunque fuera de su alcance. Los duendes, viendo que se les escapaban, trataron de capturarlos.

Ona se apartó del grupo y voló rauda sobre el Rey de los duendes. El monarca intentó atraparla, pero ella se zafó ágilmente y, ayudada por dos de sus compañeros alados, cogió la corona que el Rey llevaba en la cabeza y se la llevó volando.

-¡¡Mi corona!! -aulló el Rey de los duendes-. ¡La Real Corona! ¡Ladrones! ¡Rateros! ¡Criminaaaaales!

Todos los duendes se detuvieron como si se hubiera parado el tiempo. Sólo el Rey berreaba como un niño al que le han quitado su juguete favorito: -¡La corona! ¡Recuperad mi corona!

Los duendes miraron titubeantes primero a la corona que se alejaba volando, después al resto de fugaces liberados y finalmente a Lorris y a Elga.

-¡Olvidaos de ellos! -chilló el Rey-. ¡Sólo quiero mi corona!

Y todos los duendes echaron a correr tras la corona voladora.

-¡Ésta es la nuestra, Lorris! -susurró Elga.

Ayudó al elfo a ponerse en pie.

Los duendes ya se habían perdido entre la espesura. Se habían quedado solos en el claro. Un fugaz se les acercó y le dijo a Elga al oído:

-Volvemos a casa, y nos llevamos la corona a nuestro Reino. Gracias por todo, y mucha suerte.

Elga asintió. El fugaz se reunió con los demás y todos echaron a volar en bandada tras Ona, sus dos compañeros y la corona fugitiva.

-Hemos de aprovechar ahora -gimió Lorris.

Se apoyó en el hombro de Elga para avanzar.

-Mira que eres tonto -se oyó de pronto una voz-. ¿Cómo has podido herirte tú solo?

Lorris y Elga se pararon en seco y miraron a su alrededor, cautelosos. Sin embargo, la voz no parecía ser la de un duende.

-¡Eh, chica! ¡Aquí!

Elga dejó a Lorris por un momento y se acercó al rincón oscuro

de donde provenía la voz.

Allí había alguien, atado a un árbol. La muchacha cogió una antorcha de las que iluminaban la escena y se aproximó más.

Unos ojos oscuros se le clavaron como cuchillos, por detrás de las rebeldes greñas de cabello negro que se empeñaban en taparlos.

-Ayúdame -dijo el muchacho.

Elga se mantuvo a una distancia prudencial, y observó.

El joven era muy delgado. El cabello, negro y revuelto, le daba un cierto aspecto salvaje. Llevaba ropas sucias y raídas, y sus ojos acerados no inspiraban confianza.

-¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? -preguntó Elga.

-Piensa lo que quieras -replicó el otro con una sonrisa de indiferencia-, pero me necesitas.

-¿Yo...?

-Me necesitas -repitió el humano-. Tú y tu amigo no saldréis vivos de este bosque. Yo, por el contrario, lo conozco como la palma de mi mano. Además, cuando los fugaces lleguen a su Reino, los duendes regresarán aquí furiosos, para atraparos... y no creo que podáis ir muy lejos.

Señaló con la barbilla la pierna herida de Lorris. Elga aún dudaba.

-Te ayudaré a cargar con él -dijo el muchacho-. Si me liberas, será beneficioso para todos.

-¿Nos llevarás hasta las montañas?

-¿Para qué quieres ir a las montañas?

-Eso es asunto mío. O lo tomas o lo dejas.

-Lo tomo, lo tomo. Es mejor eso que ser desollado vivo, cosa que, si no me equivoco, es lo que los duendes querían hacer conmigo.

Elga sonrió. Se acercó a Lorris y cogió la espada que yacía en el suelo cerca de él. Se aproximó al joven, blandiéndola amenazadoramente.

-Eh, ¿qué vas a hacer? -protestó él-. Te agradezco tus buenas intenciones, pero, si quieres ahorrarme sufrimientos, mejor me sueltas, ¿de acuerdo?

La espada silbó muy cerca del oído del humano, que cerró los

ojos. Cuando los abrió, sus ataduras estaban cortadas, y Elga, apoyada en el pomo de la tizona, sonreía abiertamente.

-¿Decías? -preguntó.

-No, nada -farfulló el humano, restregándose las manos-. Me llamo Izan.

-¿Izan qué más?

-Izan -repitió el muchacho mirándola a la defensiva.

Elga no insistió.

-Yo soy Elga Worfindel, y mi amigo es Lorrís DeLendam.

-No hay tiempo para eso -gruñó Lorrís-. Tenemos que salir de aquí.

-Tiene malas pulgas tu amigo, ¿eh? -comentó Izan.

Elga no respondió. Trató de sostener a Lorrís, que apenas podía caminar, y el joven humano acudió rápidamente en su ayuda. Entre los dos pudieron hacer que echara a andar, aunque cojeando, y se alejaron lentamente del claro.

Avanzaban lo más rápidamente que podían en aquellas condiciones, y, finalmente, dejaron atrás Eerei. La luz era cada vez menor.

-Vendrán pronto a buscarnos -musitó Elga, echando una rápida mirada atrás-. ¡Y ya apenas se ve nada!

La respiración entrecortada de Lorrís la ponía más nerviosa todavía.

-Debemos detenernos -dijo, uniendo la acción a la palabra-. Lorrís necesita atención médica.

Izan se plantó frente a la muchacha y la miró a los ojos.

-No hay tiempo -dijo muy despacio-. Métetelo en la cabeza. Al amanecer alcanzaremos las montañas y entre las rocas encontraremos algún escondite. Pero ahora no podemos detenernos.

-Seguiremos, Elga -intervino Lorrís.

La muchacha lanzó una mirada preocupada al elfo, que respiraba con dificultad, y cuyo rostro estaba cubierto de sudor.

-Pero... -protestó.

-Seguiremos -cortó tajantemente Lorrís.

Elga no puso más objeciones, de modo que prosiguieron la

marcha.

La luz procedente de Eerei disminuía conforme se iban alejando. El suave resplandor de Irdinal creciente en el cielo no bastaba para iluminarles el camino o, al menos, así lo pensaba Lorris, que no había terminado de acostumbrarse a la oscuridad de la noche.

-Hay una luz tras nosotros -advirtió Izan unos minutos después-. ¡Nos siguen!

Lorris y Elga miraron hacia atrás, y comprobaron que era cierto. Trataron de apresurar la marcha, pero la pierna herida del elfo no daba para más.

-¡Nos están alcanzando! -jadeó Izan.

-¡Más deprisa! -dijo Lorris.

Pero una voz débil y temblorosa gritó:

-¡Esperadme! ¡Por favor, esperadme!

Elga se detuvo en seco.

-¡Ona! -exclamó.

Los otros dos se pararon también. Un momento más tarde la fugaz se reunía con ellos.

-Me voy con vosotros -anunció.

-¡Pero Ona! -dijo Elga-. ¿No querías volver a tu casa?

Las alas transparentes de Ona temblaron ligeramente.

-Me necesitáis para iluminaros el camino -dijo-. Los duendes estarán aquí enseguida. Es ya la tercera vez que os salvo la vida. Y, por otro lado... no quería dejaros.

Elga y Lorris sonrieron débilmente.

-Será un viaje muy duro, Ona -advirtió la muchacha.

-Nuestra Reina suele decir -replicó Ona-, que cada uno tiene una misión en la vida que cumplir. Muchos no lo saben, pero cuando llega el momento, una voz interior dice: "Para esto estás tú aquí". Creo que debo terminar lo que empecé. Yo volveré a casa cuando volváis vosotros. Si me hubiera quedado, sabéis, os habría echado mucho de menos... ¡Bueno, en marcha! -Cambió de tema para evitar que se le saltaran las lágrimas.

Continuaron la huida a través del bosque, que seguía silencioso. Izan y Ona se miraban de reojo, pero los dos sabían que no había

tiempo para preguntas.

-Creen que nos dirigimos hacia el Reino de los Humanos, sin duda -dijo Izan-, lo cual es una ventaja, ya que vamos en la dirección contraria. Hay que aprovecharla.

Nadie dijo nada más a partir de entonces. Prosiguieron a través del bosque, en silencio, marcados por el miedo que les producía el ritmo lento que tenían que seguir debido a la herida de Lorris.

La escapada duró toda la noche. Al amanecer, miraron a su alrededor esperando ver las montañas, pero lo único que divisaron fue el interminable bosque. Elga dirigió a Izan una mirada furiosa.

-Eh, no es culpa mía -se defendió éste-. Seguro que estamos muy cerca. Ya os dije que, guiándoos yo, no tenáis nada que temer.

Capítulo XIII: "Perdidos"

Elga observó con atención la posición de Arsis. Estaba a su izquierda.

-¡Izan, idiota! -gruñó-. Vamos hacia el sur, cuando deberíamos ir hacia el este. Nos estamos adentrando cada vez más en el Reino de los Duendes.

Lorris y Ona miraron al humano con furia. Izan se encogió de hombros.

-Por lo menos ahora sabemos cuál es el buen camino -comentó.

-Debería haberte dejado en el árbol -gruñó Elga.

Cambiaron de ruta y se dirigieron hacia el este.

Y al caer la tarde llegaron por fin a las montañas.

-No tan deprisa -gimió Lorris, y se dejó caer pesadamente sobre una roca-. Necesito descansar.

Las montañas eran la frontera entre el Reino de los Duendes y el Reino de los Darai. Constituían una inmensa cordillera de muchos kilómetros de ancho, y muchos más de largo, que recorría Ilesan de parte a parte.

Elga estudió el mapa pensativa.

-Lo malo -dijo-, es que ahora no sabemos en qué parte de la cordillera estamos, ni hasta dónde nos ha llevado este zoquete.

-Por lo menos, hemos salido del Reino de los Duendes -observó Lorris, mientras se destapaba la pierna para verse la herida-. No comprendo cómo no-nos han dado alcance. Íbamos muy lentos, y hemos dado un buen rodeo.

-Estaban muy ocupados persiguiendo la corona voladora -rió Ona-. Mis compañeros no fueron directamente al Reino de los Fugaces, sino que pasaron toda la noche dando vueltas de aquí para allá. Los duendes casi se volvieron locos.

-Ya lo están -suspiró Elga, y Lorris rió de buena gana.

-¿Y qué hicieron con la corona? -preguntó la joven humana.

Ona se encogió de hombros..

-Les dije que la echaran al río -respondió-. No sé si lo habrán hecho; tal vez se la han llevado a Frela Darildia.

Izan se volvió bruscamente hacia ellos.

-Frela Darildia -repitió en voz baja.

-¿Qué te pasa a ti? -le increpó Elga.

Izan no respondió. Sonrió con nostalgia. Elga decidió no hacerle caso y continuó con su tarea: vendar la pierna de Lorris, que había perdido mucha sangre.

-Izan -se oyó de pronto la voz del elfo-. Nosotros viajamos para cumplir una misión de vital importancia. Comprenderás entonces que necesitamos saberlo todo sobre ti. Por eso, lamento decirte que, si no nos cuentas qué hacías tú en el reino de los Duendes, tendré que pedirte que dejes el grupo.

Izan miró fijamente al elfo. No pareció sorprenderse al ver sus orejas puntiagudas y sus ojos rasgados, ahora que lo miraba por primera vez y con luz suficiente.

-No voy a preguntarte de dónde has salido -le dijo-. Podría hacerlo; no es corriente ver un elfo todos los días. Pero el mundo es muy grande, y yo siempre pensé que no podía haberse extinguido una raza entera, y menos una raza que antaño fue poderosa, como la de los elfos.

Elga le miró sorprendida, pero él no se dio cuenta.

-La mía es una historia un poco extraña -prosiguió Izan.

-La mía también lo es -concluyó Lorris.

-Bueno -comenzó el muchacho-, yo vivía en Aders, en el Reino de los Humanos. Siendo aún niño murieron mis padres, y yo me fui a vivir a casa de mi tío.

>>Mí tío, el hermano de mi padre, tenía por costumbre ir a la taberna todas las noches. Allí jugaba a las cartas, bebía, se embriagaba.... Llegaba a casa y, si había ganado la partida, yo podía respirar tranquilo. Si la había perdido, volvía furioso, y me pegaba para desahogarse.

>>Descubrí en el desván un montón de libros que habían pertenecido a mi difunta tía. Convencí a un vecino para que me enseñara a leer, y me sumergí en relatos fantásticos de hadas, magos y elfos.

>>Pero mi tío descubrió que yo sabía leer, y no le gustó nada.

Él decía que un hombre de verdad no debía entretenerse con esas cosas, que eran para señoritas de clase alta. Pero en el fondo me tenía envidia porque él no sabía leer y no soportaba que su sobrino supiera algo que él no sabía.

>> Me dejó medio muerto de los golpes que me dio. Y decidí escaparme de casa. Sin embargo, siempre lo dejaba para más adelante porque no tenía ningún sitio adonde ir.

>>Un día, estando sentado a la orilla del río, se me apareció una mujer. Era rubia, y tenía unas alas largas, delgadas, transparentes. Me dijo que yo había sido elegido; que despertara a la magia. Y entonces desapareció.

>>Pensé que había sido un sueño. Pero, en mi desesperada situación, sólo se me ocurrió investigar acerca de aquella mujer. Ya tenía un objetivo.

>>Yo había leído acerca de las Siete Razas de Ilesan, y, tras pensarlo mucho, llegué a la conclusión de que, pese a su reducido tamaño, sólo los fugaces correspondían a la descripción.

>>De modo que llevé a cabo mi proyecto y escapé. Me encaminé hacia el norte para ir en busca de la legendaria Frelda Darildia, la Reina de los Fugaces, para preguntarle sobre la magia y sobre todo acerca de lo que yo dudaba.

>>Mi tío, furioso por mi huída, organizó una batida, ayudado por otros granjeros de Aders. Como me buscaban en el Reino de los Humanos, no tuve más remedio que cruzar el Dalmar y proseguir mi viaje por el Reino de los Duendes. Éstos me capturaron, y me llevaron ante su Rey. Le dije un par de cosas bien dichas, se puso furioso y el resto ya lo sabéis.

-De modo que conocías el Reino de los Duendes como la palma de tu mano -comentó Elga con sarcasmo.

Izan se encogió de hombros.

-Era la única manera de conseguir que me liberaras -respondió.

-¿Y cómo sabemos que esa historia que nos has contado no es otra patraña tuya?

Izan no respondió. Saltó de la roca y se dirigió hacia un árbol bajo. Después de rodearlo, arrancó una rama y, sacándose una navaja

del bolsillo, comenzó a tallarla.

Elga lo observó durante un rato.

-Elegido -dijo con sorna.

-Ya te dije que era una historia extraña -le recordó Izan-. Yo te he contado la verdad; si no me crees es problema tuyo, no mío.

-Ojalá estuviera aquí la Reina Nerida -comentó Lorris con una alegre carcajada-. Ella sabría si... ¡ay!

El elfo gimió. Elga acababa de hacer el nudo de la venda, y lo había apretado demasiado fuerte. Parecía enfadada.

-Lorris, no creo que deba acompañarnos -dijo-. No confío en él.

Lorris no respondió. Se incorporó con cuidado. Entonces Izan se le acercó y le tendió la rama que había estado tallando.

-Toma -dijo-. Te vendrá bien.

Era un bastón. Lorris lo aceptó, agradecido.

-Muchas gracias. Creo que, puesto que ya puedo andar más o menos, podríamos ponernos en camino.

-¿En camino hacia dónde? -inquirió Elga, molesta-. Ni siquiera sabemos dónde estamos.

Lorris sólo la escuchaba a medias. Miraba a todos los lados.

-¿Dónde está Ona? -preguntó.

Entonces fue cuando los otros se dieron cuenta de la ausencia de la pequeña fugaz.

-Estaba aquí hace un momento -observó Elga-. Qué extraño.

-¡Escuchad! -se oyó en aquel momento la voz de Ona.

Todos se volvieron hacia el lugar de donde provenía. Ona llegaba volando. Cuando alcanzó el lugar donde la esperaban los demás, se posó con elegancia sobre el hombro de Lorris.

-Hay un arroyo no lejos de aquí -dijo-. Podríamos ir a renovar las reservas de agua.

Lorris asintió.

-Es buena idea. Llévanos hasta allá, Ona.

La fugaz emprendió el vuelo, y los otros la siguieron. Lorris estaba aún muy débil, pero gracias al bastón que le había proporcionado Izan, podía andar algo más deprisa.

Pronto llegaron al arroyo que Ona les había anunciado. Después

de las emociones sufridas, agradecieron poder refrescarse un poco y beber de aquel agua pura y cristalina.

Elga consultaba el mapa, preocupada.

-Tengo la impresión de que hemos estado viajando hacia el sur desde que salimos de Eerei. Lo cual significaría que este arroyo es el que nos marca la frontera entre el Reino de los Duendes y... -palideció-. ¡El Reino de los Dragones!

Izan, que estaba bebiendo agua, casi se atragantó.

-¿Qué has dicho?

-Que estamos a dos pasos del Reino de los Dragones, sabelotodo -respondió ella-. Y no protestes, porque ha sido culpa tuya.

Izan saltó ágilmente de piedra en piedra hasta llegar a donde se encontraba Elga. Miró el mapa por encima de su hombro, y ella se apartó, molesta.

-No eres muy amable que digamos -comentó Izan encogiéndose de hombros-. Pero tengo algo que decirte. Si realmente estamos donde dices que estamos, deberíamos salir de aquí por pies. Y lo digo en serio.

-¿Qué pasa? -inquirió Elga, burlona-. ¿Te dan miedo los dragones? ¡Pues el Guardián-Ejecutor de Liadar es uno de ellos! Y no es tan terrible el dragón como lo pintan.

Izan guardó silencio durante un momento. Luego preguntó:

-¿No has oído nunca la leyenda del Oso Bicéfalo?

-¿Del qué?

-Del Oso Bicéfalo -repitió Izan.

Lorris lo miró fijamente.

-No suena muy bien -comentó-. ¿Y dices que es una leyenda?

¿O es algo más que eso?

-Quién sabe -musitó Izan.

Capítulo XIV: "El Oso Bicéfalo"

-Cuéntanos la historia -pidió Ona.

-Sí, cuéntala -dijo Lorriss.

Elga se acercó interesada, pero no dijo nada.

Izan inclinó la cabeza y comenzó:

-Se dice que hace mucho, mucho tiempo, una bruja vino por estos parajes. Había tenido un día agotador, y estaba cansada y sedienta. Cuando vio el arroyo, se inclinó para beber.

>>Mientras bebía vio una osa de las montañas que pescaba en el río. Y, como también tenía hambre, le dijo:

-Dame esos pescados, osa. Quiero comer.

>>La osa se negó en redondo. Tenía hambre. Además, la bruja no le inspiraba confianza, y su tono autoritario no le había gustado.

>>La hechicera montó en cólera y lanzó una maldición sobre el animal.

>>La osa estaba preñada y, cuando nació el osezo, todos los animales de las montañas vieron con horror en qué había consistido el maleficio de la vieja bruja.

>> El cachorro tenía dos cabezas.

>>Era un monstruo. Su madre, horrorizada, no quiso saber nada de él. El Oso Bicéfalo fue repudiado por todos los animales, y vivió triste y solitario.

Los años de soledad lo convirtieron en una bestia salvaje y sanguinaria, un oso asesino que mataba, destrozaba y arrasaba todo lo que encontraba a su paso.

>>Un día la bruja volvió a pasar por el lugar donde le había echado la maldición a la osa. De algún modo el Oso Bicéfalo sintió su presencia y acudió a su encuentro. La hechicera tuvo el placer de ver por sí misma su obra consumada. Contempló al monstruoso animal, echó la cabeza atrás y rió a carcajadas. Rió y rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

El Oso Bicéfalo supo entonces que aquella vieja humana era la responsable de su desgracia, por lo que había oído comentar a los animales del bosque acerca de él. Y, colérico, se abalanzó sobre la

hechicera.

>>La mujer, cogida por sorpresa, no tuvo tiempo de preparar ningún hechizo. El oso la destrozó, como había hecho con tantos otros, y arrojó sus restos al arroyo.

>>A la vieja bruja se la llevó la corriente.

>>Desde entonces el Oso Bicéfalo, según se cuenta, ronda por aquí, inmortal como su propio odio, consumiéndose él solo en su desgracia. Y también se dice que nadie que se haya detenido a beber en este lugar ha vivido para contarlo.

Lorris alzó las cejas, impresionado. Ona se estremeció, y Elga hizo un gesto de desdén.

-Seguro que se lo ha inventado -comentó.

Izan la miró divertido.

-¿Qué tienes contra mí, Elga? -quiso saber.

La muchacha no respondió.

-Está furiosa porque confió en ti y la engañaste -explicó Lorris-. Si yo tuviera por aquí a cierto duende...

Elga le dirigió una sonrisa, y Lorris sintió una especie de calidez por dentro. Sacudió la cabeza.

-Bueno -dijo levantándose, no sin esfuerzo-. Debemos marcharnos ya. -¿Hacia dónde? -preguntó Izan-. ¿De vuelta al Reino de los Fugaces?

Lorris se detuvo y se volvió hacia él. Lo miró dubitativamente.

-Tú querías ir allí -dijo-. Pero no es ése nuestro destino.

-Entonces, mucho me temo que ha llegado la hora de separarnos -suspiró Izan-. Yo seguiré las montañas hacia el norte, hasta llegar al reino de los Fugaces.

-Te perderás -refunfuñó Elga.

Izan se encogió de hombros.

-Llegaré algún día -respondió-. Y vosotros, ¿qué vais a hacer?

-Yo también vi un fantasma -dijo Lorris bajando la voz-. Me dijo que salvara a mi pueblo. Y me dio una lechuza como guía. Por eso salí de mi tierra, y hasta ahora, aunque con pequeñas desviaciones, he estado siguiendo a la lechuza.

Pero ahora la he perdido, y no sé hacia dónde dirigirme. Lo

único que se me ocurre es seguir la ruta que llevaba: directa al nordeste.

-¿Un fantasma? -repitió Izan-. ¿Cómo era?

-Una dama humana. Muy bien vestida. La lechuza le dijo a Ona que se trataba de su señora, que estaba prisionera. Por lo visto, nos lleva a ese lugar. Y parece ser que de allí procede el peligro que amenaza a los elfos.

Izan esbozó una sonrisa divertida mientras miraba al trío con ojo crítico.

-¿Y vosotros solos pensáis salvar a los elfos de ese terrible peligro? -preguntó burlón.

-Hemos liberado a los enanos de la esclavitud -dijo Elga, molesta. -No te creo.

-¡Es cierto!

Izan la miró fijamente.

-¿Y tú? -preguntó-. ¿Por qué sigues al elfo? ¿Por qué abandonaste tu casa?

-No es asunto tuyo -murmuró Elga.

-También a mí me gustaría saberlo -intervino Lorris.

Elga se encogió sobre sí misma. Miró al cielo y exhaló un suspiro casi inaudible.

-Te parecerá una tontería.

-En absoluto.

-Bien, pues... verás, cuando yo era pequeña, mi padre se fue de casa. Nunca regresó. Mi madre murió de tristeza. Yo sólo tenía cinco años.

>>Aparte de que siempre soñé con los elfos, cuando conocí a Lorris pensé que recorrer todo Ilesan siguiendo a una lechuza fantasma sería una buena oportunidad para buscar a mi padre. Quisiera encontrarle, y preguntarle por qué se fue de casa, por qué nos abandonó a mi madre y a mí...

Se le quebró la voz. Lorris le rodeó los hombros con un brazo para consolarla, y ella apoyó la cabeza en su hombro y lloró allí.

-Comprendo que no quisieras hablar de ello -musitó Lorris.

Ella se secó las lágrimas.

-No -dijo-. Creo que lo necesitaba.

Izan observaba la escena con interés. Se acercó a Elga, le tomó la mano y sonrió.

-Te comprendo -dijo-. Yo también soy huérfano.

A Elga le sorprendió ver tanta calidez en sus ojos, de ordinario duros y fríos como el diamante.

-Pero yo sé que mi padre vive, en algún lugar de Ilesan -dijo con ardor-. Por eso, cuantos más lugares recorra, más posibilidades tendré de encontrarlo.

Izan sonrió de nuevo.

-Tal vez...

Un salvaje rugido le hizo enmudecer. Las montañas enteras parecieron temblar.

-¿Qué es eso? -preguntó Ona, que se había sentado sobre el hombro de Elga para consolarla.

Lorris se llevó la mano al arco, en un movimiento instintivo. Todos miraron a su alrededor, temerosos.

Y entonces lo vieron.

De detrás de un peñasco surgió un oso descomunal. Su pelaje estaba erizado, y sus mortíferas garras eranafiladísimas. Tenía dos cabezas, y en cada una de ellas una letal hilera de colmillos y un par de ojos centelleantes de ira lo hacían merecedor de ser protagonista de las peores pesadillas, o de uno de los cuentos de terror que se relataban en Raden.

-El Oso Bicéfalo -pudo decir Izan.

El animal se irguió sobre sus patas traseras y rugió de nuevo. Izan y Elga corrieron a refugiarse detrás de Lorris y lo sostuvieron mientras preparaba una flecha. Ona se ocultó bajo la capa del elfo.

-Intenta acertarle entre los ojos -susurró Izan.

Lorris bajó el arco un momento.

-¿Entre los ojos de qué cabeza? -preguntó.

Izan enmudeció. Era evidente que no lo había pensado. Elga, parapetada detrás del elfo, observaba al Oso Bicéfalo con los ojos muy abiertos.

Lorris volvió a apuntar. La bestia seguía parada frente a ellos,

como si estuviera calculando las distancias. Lorris apuntó al corazón. "Espero que no tenga más de uno", se dijo el elfo.

Lo calculó bien. No podía fallar. Sintió los estruendosos latidos de su corazón, la sangre agolpándose en sus sienes y, sobre todo, los tres seres asustados que se ocultaban tras él.

No podía fallar.

Tensó la cuerda y soltó la flecha. Sin embargo, en aquel instante la pierna le falló y el disparo se le desvió.

La saeta hendió el aire para ir a clavarse en el hombro derecho del Oso Bicéfalo, que rugió de dolor. Lorris se volvió y se encontró con los ojos, muy abiertos, de Izan.

-¿Cómo has fallado así? -le preguntó.

Lorris quiso responder, pero no pudo. La bestia arremetía contra ellos.

-¡¡Corred!! -chilló el elfo.

Dieron media vuelta y echaron a correr desesperadamente. Corrieron y corrieron -incluso Lorris se olvidó de la herida de su pierna- hasta llegar al arroyo. Sin dudarlo, lo cruzaron, oyendo aún los rugidos del Oso Bicéfalo, que los seguía muy de cerca.

Y siguieron corriendo sin parar, sin darse cuenta de que el animal se detenía y daba media vuelta, porque habían salido de su territorio. Siguieron corriendo sin percatarse de que estaban entrando en el temido Reino de los Dragones.

ÍNDICE

LIBRO II

EL VUELO DE LA LECHUZA

I. El Reino de los Enanos.

II. Las minas de Denils.

III. La Brigada Invisible.

IV. Rebelión.

V. Ante Ordulkar.

VI. La providencial Ona.

VII. Los rayos de Arsis.

VIII. El Manantial.

IX. Frela Darildia.

X. La tierra de los duendes.

XI. No confíes en nadie.

XII. Izan.

XIII. Perdidos.

XIV. El Oso Bicéfalo.